JOSE MACIAS, S. J.

HERNAN CORTES

El Aventurero

El Conquistador El Gobernante

El Cristiano



Editorial Tradición

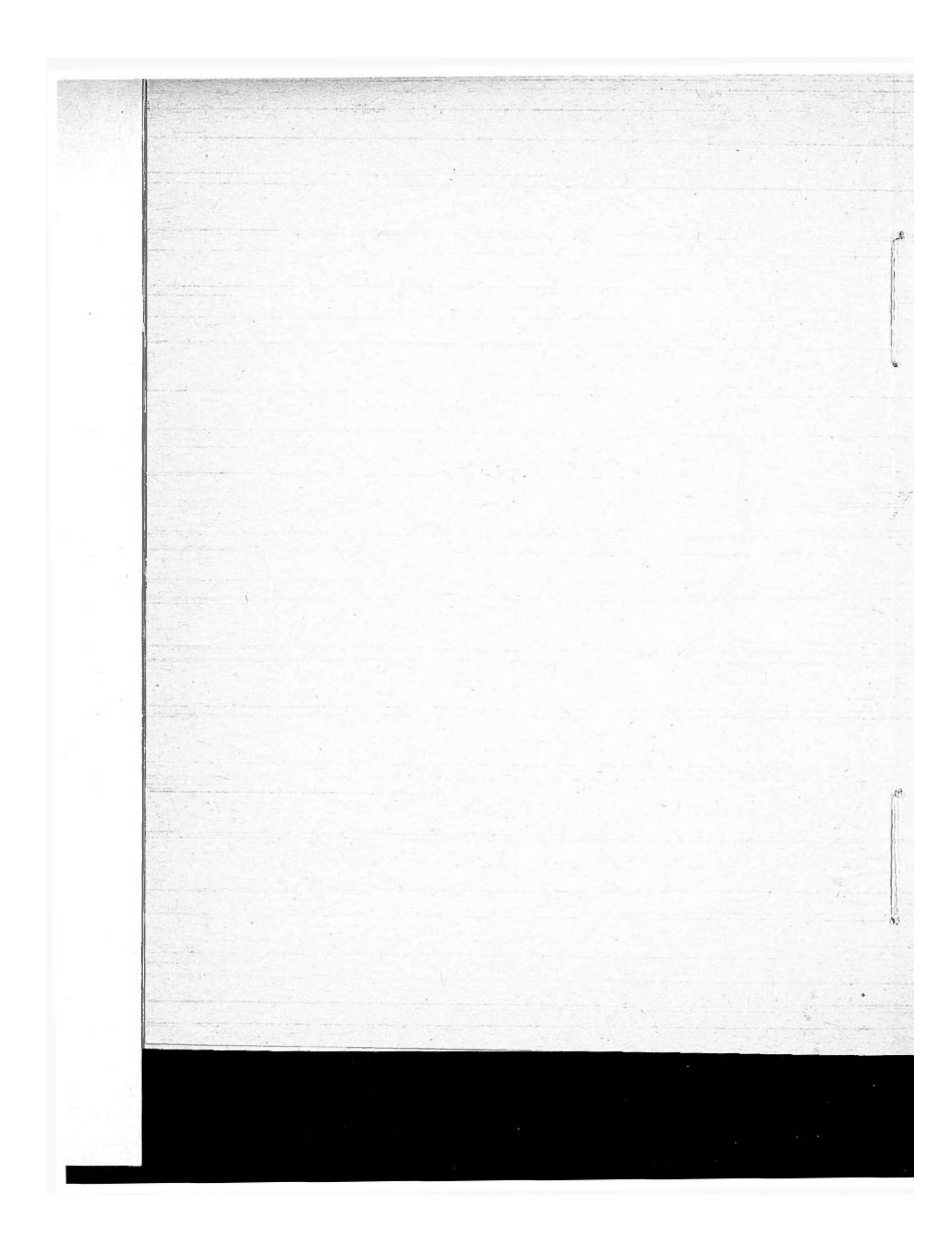
Primera Edición (como segunda parte de *3 Héroes de nuestra Historia*). "Buena Prensa". México, D. F. 1946.—2,000 ejemplares.

Tercera Edición
Agosto de 1990 - 2,000 ejemplares.

Editorial Tradición, S. A.
Av. Sur 22 Número 14 (entre Oriente 259 y Canal de San Juan), Colonia Agrícola Oriental. México 9, D. F. Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. Registro Número 840.

Nihil Obstat.—J. A. Romero, S. J. Cens. Eccles.
Imprimi potest.—J. de J. Martínez Aguirre, S. J.
24 Mart. an. D. 1946.
Imprimatur.—✝ Luis María Martínez, Arz. de México.—México, 25 de marzo de 1946.

INTRODUCCION



"FORTUNA FUE de México el haber sido creado por la primera raza del mundo civilizado de entonces, y por instrumento del primero de los capitanes de la época, el más grande de los conquistadores de todos los tiempos, Hernando Cortés..."

Con palabras tales el licenciado Vasconcelos, en el prólogo de su *Breve Historia de México,* comienza el encomio del personaje que nos va a ocupar en estas páginas.

La figura gigante de don Hernando entra en el grupo de las personalidades multifácicas que ofrecen material abundante así a la consideración como a la discusión.

Una faz, con todo, proyecta visos de brillo indiscutible: la de conquistador. Ella sola basta para colocarle en sitial aparte dentro del templo de la Historia.

Mas nosotros los mexicanos debemos mirar en Cortés no sólo al héroe feliz que ganó para Carlos V más provincias que ciudades le habían dejado sus antepasados: a don Hernando Cortés nos liga un vínculo espiritual más valioso que todas las glorias militares: él fue el fundador de la raza mejicana, él fue el que unió en unas mismas venas la caballeresca sangre de Castilla con la belicosa de las tribus de Anáhuac; él, el que orientó a nuestra nacionalidad en los días difíciles de

la infancia; él, finalmente, fue el que, al injertarnos en la verdadera civilización, nos hacía hijos de la Santa Iglesia de Jesucristo.

Hay que acostumbrarnos a ver en Cortés, debajo de la armadura del soldado audaz, al gobernante de mirada aquilina que traspasa los espacios del presente para ver y cimentar un futuro. Pero todavía debemos ver más, porque lo hay: debajo de la férrea coraza se esconde un gran corazón de cristiano que supo guardar por en medio de las borrascas de una vida rasgada y aventurera, la fe recia y española del siglo XVI.

La ignorancia cubre errores y desprestigios. Hay pecados en la Historia que deben reconocerse, y que al abrirse paso la verdad debieran provocar en los ánimos sinceros el arrepentimiento y la reconciliación. ¿Cuántos mexicanos hay que conozcan en su integridad la personalidad de este hombre inmenso que se llama Hernán Cortés? En las escuelas oficiales, y quizá aun en las Particulares, se enseña de él a los alumnos lo negativo y degradante, su ambición y su crueldad en el tormento a Cuauhtémoc, etc., etc., y no se abre la puerta a la verdad sobre sus méritos portentosos como hombre, como soldado, como gobernante y, sobre todo, como cristiano.

Ojalá que estas páginas contribuyan a esclarecer el campo de la Historia, abran la puerta a la verdad y den muerte a la mentira y al prejuicio. Ya es tiempo de superarlos. Ejemplo nos dan Perú y Colombia que reconocen y erigen monumentos a sus conquistadores Pizarro y Jiménez de Quesada. Yucatán mismo no reniega de los Montejo, Padre e

hijo, y ha perpetuado su memoria con el más bello de sus paseos.

Seamos justos. Estudiemos a fondo nuestra historia, la *verdadera,* no la falseada e impuesta por "decretos", y acabaremos por vernos libres de errores y prejuicios.

EL AVENTURERO

VIVÍA ESPAÑA los años más gloriosos de su historia. Dominadora en el Viejo Mundo, levantaba ahora sus miradas hacia un Mundo Nuevo descubierto poco hacía por el más intrépido de los navegantes. Y no fue un azar el que España dominase en América, ya que ningún pueblo en Europa poseía entonces ese poder de espíritu para llevar a cabo empresas que carecen de paralelo en la historia de la humanidad. "Abierta la carrera de los descubrimientos, que tenía para el caballero español de aquellos días el mágico atractivo de un romance, la guerrera juventud aspiraba a un escenario sin horizontes, amplio como su ambición de gloria, deslumbrante como la idea de eternizar su nombre". Esa noble ambición de gloria, fecunda siempre en brillantes resultados, lanzó a empresas grandiosas y atrevidas a intrépidos marinos y guerreros, en que el osado protagonista arriesgaba, gustoso, su fortuna y su vida. Impulsados por este anhelo de inmortalidad y de gloria, Vasco Núñez de Balboa planta en el mar del sur la bandera de Castilla; Ponce de León descubre la Florida; Magallanes atraviesa el estrecho que lleva su nombre y Juan Sebastián Elcano recibe de Carlos V, como premio de su empresa colosal, un globo terráqueo con un lema que decía: *Primus me circumdedisti.*

Esta fue la época y éstas las hazañas que arrullaron al futuro vencedor de Cuauhtémoc. Cortés es hijo genuino de la época que le vio nacer. Los horizontes del paterno solar se le ofrecieron muy estrechos a las ambiciones de su espíritu inquieto.

"Dos vastos escenarios se presentaban entonces a la juventud española para adquirir renombre y alcanzar un lugar distinguido en las filas del ejército. La guerra de Italia y la conquista de América. La primera más seductora porque reflejaba en los actores de ella el brillo y la gloria del gran capitán Gonzalo de Córdoba. La segunda más novelesca y más lisonjera en su perspectiva de fortuna". Cortés sufre indecisiones. Pero triunfó al cabo la juventud y altivez de su espíritu. Muy estrechos se le ofrecieron los linderos de la bella Italia: anhelaba por lo desconocido, por algo que estuviera engarzado en aventuras; mas esto sólo existía en el Mundo Nuevo.

Y marchó para América porque un continente era menester para que desplegara toda la amplitud de su genio.

Pasaba el año del Señor de 1504. Un día se vio arribar a las playas de la isla de Santo Domingo, una de las principales descubiertas, un barco casi destrozado a causa de las recias tormentas que había sufrido después de prolongada y azarosa travesía. Entre los pasajeros se vio descender a un joven hidalgo de hasta diecinueve años. Con paso firme y ademán resuelto se dirige a la casa del Gobernador de la isla para quien lo acreditaban cartas de su padre. El joven se decía natural de la noble Medellín, villa enclavada al oeste de Extremadura. Eran sus padres don Martín Cortés de

Monroy y doña Catalina Pizarro y Altamirano, descendientes ambos de rancio y noble linaje, si bien el correr de los años los había llevado a una posición muy mediana. Había pasado la primera edad en la casa paterna sin que nadie notara en él algo especial, fuera de su débil constitución. Llegado a los catorce años su padre quiso hacer del niño un Doctor en Derecho. A este propósito lo envió a la entonces muy famosa universidad de Salamanca. El, empero, con más deseos de alborotar que de entregarse a los áridos estudios de la Gramática se encaminó a las aulas cediendo al mandato paterno. Mas no puso gran empeño en realizar las esperanzas que se habían puesto en su ingenio y aptitudes. Transcurridos dos años, casi perdidos, regresó a su casa decidido a trocar definitivamente los derroteros de su vida. En el tiempo de su corta vida estudiantil, a pesar de su poca aplicación, aprendió algo de letras, sobre todo latín, del que usó más tarde con cierta facilidad. Admiran, a la verdad, esta rapidez en el aprendizaje y esta tenacidad de retención que revelan memoria feliz y entendimiento más que mediano. Pasó algún tiempo al lado de sus padres. Pero aquella quietud, aquella monotonía, aquella vida de sujeción y orden que se veía obligado a llevar no encajaban muy bien con su natural inquieto, bullicioso y emprendedor. Así que, a los 17 años, se resuelve a abandonar el hogar que le vio nacer, para marchar a tierras lejanas a caza de aventuras que le proporcionaran gloria y fortuna. De pronto una oportunidad feliz se le presenta para conducirlo a las tierras vírgenes recientemente descubiertas. Una armada, puesta a las órdenes de don Nicolás de Ovando, sucesor de Colón y amigo de su padre, iba a levar anclas. Todo estaba listo cuando un accidente desgraciado, fruto de

los galanteos del joven, vino a trastornar por completo sus planes: una caída desde considerable altura le retuvo en el lecho por varios meses. La partida, pues, tuvo que diferirse para días mejores.

Estos tardaron dos años, al cabo de los cuales pudo al fin verse con grande contento suyo a bordo del barco de don Alonso Quintero, que está para emprender la travesía rumbo a Santo Domingo. En cl bolsillo guardaba cartas de recomendación destinadas al mismo Nicolás de Ovando, quien regía como Gobernador las colonias establecidas en la isla.

Con tales datos se presentó Hernando Cortés a la morada del Gobernador. Este, al ver los ánimos y la resolución del adolescente, le hizo un acogimiento lleno de benevolencia.

Cortés manifestó desde el principio sus deseos de adquirir fortuna lo más pronto que fuera posible. El Gobernador entonces le disuadió que el modo de adquirirla no era el de lanzarse a la ventura, sino el de procurar alcanzarla lenta y laboriosamente por medio de los pingües productos de la labranza; que él le daría al punto un buen repartimiento de tierra con su correspondiente lote de indios, además del cargo de Notario de la pequeña villa de Azúa. Por siete largos años nuestro joven Cortés empleó su vida en la monótona labor de los campos, la que sólo de vez en cuando interrumpía acompañando a Ovando o a Diego Velázquez en las expediciones armadas que se veían obligados a emprender contra los indios rebeldes. Estos fueron los comienzos difíciles del futuro conquistador de un imperio. Hasta aquí no se descubre en su vida nada de extraordinario, no parece sino que reservaba para más tarde, cuando estuviera en la

conquista de México, todas las energías de su gran carácter, de su férrea voluntad y constancia incansable.

Pero su natural activo y aventurero en nada se avenía con aquella vida campestre falta de tintas fuertes y de profundas emociones. Así que, en la primera oportunidad, se incorporó a la expedición de don Diego Velázquez para conquistar la isla de Cuba. En esta campaña aprendió, entre otras cosas la táctica de pelear de los indios y el modo de hacerles la guerra. Distinguiéndose ya, en cierta manera, por su gran valentía y habilidad en los combates, "aunque todavía, dice un escritor contemporáneo, dio pocas señales de las grandes prendas que mostró ulteriormente". Conquistada la isla, trasladó a ella su residencia y nuevamente se vio forzado a entregarse al cultivo de la tierra. Ahora le tocó en suerte el repartimiento de indios de Manicarao en compañía de un español granadino que se decía don Juan Juárez. Con esto vino en conocimiento de la familia de Juárez, frecuentó su trato y llegó hasta dar palabra de casamiento a una de las hermanas, doña Catalina. Pronto, con todo, aquella promesa se trocó en humo: el joven desistía de casarse. Entonces el Gobernador de la isla, don Diego Velázquez, amigo de la familia Juárez, reprendió a Cortés, echándole en cara la falta de cumplimiento de su palabra. Amargado Cortés, no sólo no dio oídos a las voces de Velázquez, sino que disgustándose fuertemente contra el Gobernador determinó unirse al grupo de sus enemigos, pues eran varios los que vivían descontentos en Cuba de los manejos de Velázquez. Reúnense éstos cierto día, y, después de deliberar, acuerdan presentar sus quejas ante las autoridades de Santo Domingo. Uno de ellos, en representación de todos, había de llevar la acusación.

La empresa llevaba consigo grandes riesgos, tanto por tener que atravesar en frágil canoa gran distancia de mar, como por las consecuencias que podían sobrevenir al mensajero si se llegaba a descubrir la trama antes de tiempo. Pero ahí estaba el espadachín "de armas tomar", el intrépido y fogoso extremeño a quien los lances caballerescos tenían señalada la cara con una cicatriz. En él recayó, pues, el encargo de realizar el plan. Mas he aquí que el Gobernador tiene conocimiento de todo antes de la salida de Cortés, y sin más consideraciones le pone en la cárcel. Cortés no se arredra: logra romper sus cadenas y una de las rejas de la ventana y saltando, a pesar de la altura, se refugia en seguro ocultándose en el recinto de una iglesia. Velázquez respeta la inviolabilidad del templo, pero alista a una guardia, para que en la mejor oportunidad reaprehenda al fugitivo. Esto se verifica al asomarse Cortés un poco más de lo conveniente. Es conducido otra vez al calabozo y se le aumentan las cadenas y la vigilancia.

Estando a punto de ser ahorcado, tan grande era el enojo que contra él se tenía, se salva gracias a la intervención de varios amigos que obtienen se revoque la sentencia; sin embargo, es enviado preso a Santo Domingo, para ser juzgado como rebelde. Cortés no pierde la serenidad y una noche, estando ya en el barco que le conducía, favorecido por una oportunidad, se esfuerza por sacar los pies de los grillos que los sujetaban, lo que alcanza al fin, no sin grandes dolores. Sube a cubierta por el agujero de la bomba, se apodera de un bote y en medio del silencio de la negra noche se dirige a la costa. El mar se mostraba un tanto inquieto, mas el peligro en lugar de arredrarlo le reanima. Ya parece que toca

la playa cuando una fuerte embestida de agua hace zozobrar la embarcación. Y Cortés, a pesar de sus heridas, se lanza a luchar con las embravecidas olas que en su furia amenazan tragárselo. Por fin, toca tierra, y casi arrastrándose por la fatiga logra penetrar en la misma iglesia que antes le sirviera de refugio.

Semejante hecho, uno de tantos de su vida aventurera, nos revela entre otras cosas, la gran energía, valor y presencia de ánimo que ya entonces poseía y que más tarde lo salvarán en situaciones las más comprometidas.

Por segunda vez el Gobernador vuelve a establecer guardias para que se apoderen del prófugo. Pero sucedió que muchas y respetables personas se interesaron por Cortés y suplicaron al Gobernador que lo perdonase. Velázquez, que en el fondo apreciaba grandemente a aquel joven, que a la virtud de hablar reunía un carácter franco y festivo y un valor extremado, se manifestó dispuesto a la reconciliación. Por otra parte, Cortés prometió ahora cumplir su palabra de casamiento con doña Catalina Juárez, lo que acabó de ganar al Gobernador, quien se ofreció como padrino de casamiento. Además, le regaló con nueva dotación de tierras y con el cargo de Alcalde de la villa de Santiago. Cortés pareció entregarse con toda el alma a la vida del hogar y al cultivo de sus tierras. El fue el primero que introdujo en la isla la cría del ganado. Merced a su industria y a que era emprendedor, pronto logró hacer una regular fortuna. Todo hacía creer que el sendero de su vida no variaría ya. Mas la Providencia le reservaba la realización de grandes planes.

Trae Alvarado la noticia de los descubrimientos de Grijalva, llevando, juntamente con la noticia, el oro conseguido.

en el comercio con los habitantes de la costa. Entonces fue cuando don Diego Velázquez pensó acabar una gran conquista desde su butaca. Resuelve organizar y equipar una armada mayor que las anteriores con el fin de lanzarla a una empresa que auguraba superarlas. Da a conocer su propósito y un gran entusiasmo se despierta en muchos de los españoles residentes. A la penetración y al cálculo del señor gobernador no se escapaba que el éxito dependía del jefe que se eligiera como capitán de la expedición. Diego Velázquez necesitaba un hombre ideal, de quien pudiera fiarse plenamente. Candidatos no escaseaban, mas los que se habían presentado hasta entonces no llenaban del todo sus deseos, ¡y vaya que los había de talla!, como Francisco de Montejo, Alonso de Avila, Pedro de Alvarado, Baltasar Bermúdez, Vasco Porcallo, etcétera. Pero no, la elección iba a recaer, ¡quién lo creyera!, en un enemigo de antaño, en aquel Cortés al que una vez estuvo a punto de poner en la horca. Que en la designación hubiese "interés propio" de parte de Cortés, así se murmuró y así lo asegura Bernal Díaz: "Y volveré a decir de la compañía, y fue de esta manera que concertasen estos privados del Diego Velázquez que le hiciesen dar al Hernando Cortés la capitanía general de toda la armada y que partiría entre todos tres la ganancia del oro, plata y joyas de la parte que le cupiese a Cortés, porque secretamente el Diego Velázquez enviaba a rescatar y no a poblar..." (Cap. XVIII).

Estos dos privados de Velázquez eran el uno su secretario, el otro su consejero y favorito, que influyeron de manera decisiva en la designación de Cortés. Este no se había dormido. Por eso cuando llegaron a sus oídos los planes del Go-

bernador, vislumbró la hora en que iba a empezar la manifestación de su genio.

Adivinando la grandeza de la obra que se trataba de llevar a cabo, todo él se siente como atraído para ponerse a su frente y realizarla. Todo lo comprende y como que lo intuye. Había sonado la hora de abandonar aquella vida mediocre para lanzarse a la conquista de grandes triunfos y laureles en los campos de batalla.

"Los deseos de Cortés se habían realizado al fin. Los sueños de gloria que le habían llevado al Nuevo Mundo, empezaban a convertirse en algo real, poniéndole al frente de una expedición cuyo éxito glorioso o desgraciado le pertenecería. Iba a salir de los estrechos límites de una isla, para figurar como protagonista en un escenario grandioso".

Recibido el nombramiento con admiración y envidia de los otros, se entrega lleno de entusiasmo a preparar la armada; gasta todo su capital en barcos, armas, bastimentos, parque, etcétera. Cuando ya se le ha acabado pide prestado y compra a crédito; no escatima nada cuando es necesario gastar, a pesar de su relativa escasez de dinero. Al mismo tiempo, no escapa a su agudo ingenio que ciertos detalles exteriores influyen mucho en el ánimo de los hombres, comenzó a darse tono de gran señor y "a pulir y ataviar su persona mucho más que de antes y se puso su penacho de plumas con su medalla y una cadena de oro y una ropa de terciopelo, sembradas por ella una lazada de oro y en fin como un bravoso y esforzado capitán" (Bernal Díaz, cap. XX). Hizo, además, tremolar dos estandartes labrados de oro y mandó dar pregones con cajas y trompetas. "Todo el

mundo se alistaba. Y lo curioso era que aun los amigos y paniaguados de Velázquez iban insensiblemente sintiendo la fascinación del nuevo capitán" (Pereyra, T. III, p. 66).

De pronto los preparativos se aceleran, Cortés se multiplica, su actividad no tiene límites. Informado por uno de aquellos dos amigos que tanta parte tuvieron en su nombramiento de que Velázquez, celoso de la gran personalidad que había alcanzado, y desconfiando ya de él, tenía resuelto quitarle el mando, vio la inminencia de una destitución. La coyuntura llegaba a ser para él de las más críticas. Pensar que toda su persona, su honra, su fortuna las había colocado en aquella empresa. Pero no; esto no era justo. Velázquez sólo había aportado la tercera parte en los gastos de la expedición y Cortés no iba a resolverse a perderlo todo por los caprichos y recelos de aquel hombre. Había, pues, que anticiparse a los acontecimientos y él lo hizo con audacia y presteza maravillosas. Preparado lo indispensable, una noche embarca de improviso al núcleo de los expedicionarios. Se dirige en seguida a la casa de su compadre para despedirse y recabar las postreras instrucciones. Velázquez quédase estupefacto al informarse de la repentina partida y no acierta a comprender cómo aquel hombre, a quien creía tener entre las manos, se le escurría de pronto; mas nada dice, disimula, comprendiendo que si habla será inútil; prefiere callar para no exponerse a las risas de todos. Lo despide en buenos términos y hasta lo acompaña al puerto, deseándole un feliz éxito.

Zarpa la expedición del puerto de Santiago en medio de las aclamaciones de los que habían acudido a presenciar la partida. Como tenían que tocar todavía algunos puertos de la

isla, ya para completar las provisiones, ya para alistar más voluntarios, se dirigieron a la Trinidad, villa de las más importantes y donde fueron recibidos con grandes muestras de entusiasmo.

Manda Cortés desplegar inmediatamente los estandartes, en uno de los cuales podía leerse esta inscripción que recordaba los heroicos tiempos de las Cruzadas: "Sigamos a la Cruz con fe, que con ella venceremos"; al mismo tiempo hacía pregonar a sonido de trompeta la famosa expedición. Tal manera de obrar produjo resultados magníficos. "La fama por el orbe vuela" y el prestigio y nombradía del Capitán General, su nunca desmentido valor, su talento y liberalidad habían despertado en distinguidos hidalgos el deseo de militar bajo sus órdenes. De la Trinidad salieron sus más esforzados capitanes, como los cinco Alvarados: Pedro, Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan; Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Gonzalo de Sandoval, Alonso Hernández Puerto Carrero, primo y paisano de Cortés, etcétera.

Entre tanto Velázquez, aguijoneado por sus parientes y no pudiendo acostumbrarse a la idea de quedar burlado, piensa que aún es tiempo de remediar la situación. Envía mensajeros por toda la isla para que den a conocer que Cortés no es ya jefe de la armada, sino que lo será en adelante Vasco Porcallo. Pero ya era demasiado tarde: las enérgicas órdenes del Gobernador, dictadas para el arresto de Cortés, se ahogaron en el temor de verse envuelto en una lucha contra el mismo Cortés y sus soldados; de aquí que el Capitán General no fuera molestado en ninguno de los puntos que tocó para sus aprovisionamientos. Llegado a la Habana se le dieron grandes muestras de simpatía, y aun se le juntaron

nuevos adictos, entre ellos nada menos que Francisco de Montejo, uno de los tres capitanes de Grijalva. Cuando todo estaba dispuesto para la partida, llega un mensajero con la orden de prendimiento, esta vez más apremiante. Recibe la orden el Teniente Pedro Barba, el que contestó lo mismo que el Alcalde de Trinidad, Francisco Verdugo; a saber, que Cortés estaba "demasiado pujante" para que él se atreviese a aprehenderlo. Y era que Cortés, decidido a continuar en el mando hasta el último trance, con tan extraordinaria habilidad se había ganado la voluntad de todos, que los capitanes y soldados se mostraban dispuestos a luchar contra cualquiera que intentase dar cumplimiento a tal orden. "Y todos nosotros —decía Bernal Díaz— pusiéramos la vida con gusto por Cortés". Ciertamente una de las cualidades más notables, que desde los primeros momentos se pudieron apreciar en Don Hernando, fue sin duda la singular habilidad que tenía para ganarse las voluntades de los que lo trataban. Abierto, franco y generoso, fácilmente se hacía estimar: capitanes y soldados, nobles y plebeyos, autoridades y particulares de donde quiera que llegaba y era conocido, con gusto se ofrecían a servirle poniéndose a sus órdenes. Por último, algunos rasgos de generosa liberalidad para con sus amigos y subordinados, le atrajeron un sincero aprecio y fidelidad a toda prueba.

A estas alturas, las tentativas que hizo Velázquez con el fin de quitarle el mando de la flota no sirvieron sino para reafirmar su posición y hacer resaltar más su autoridad y persona. Por otra parte, su gran talento y capacidad daban a los expedicionarios suma confianza en el éxito de la empresa. "Hombres de intrepidez notoria como los Alvarados, Veláz-

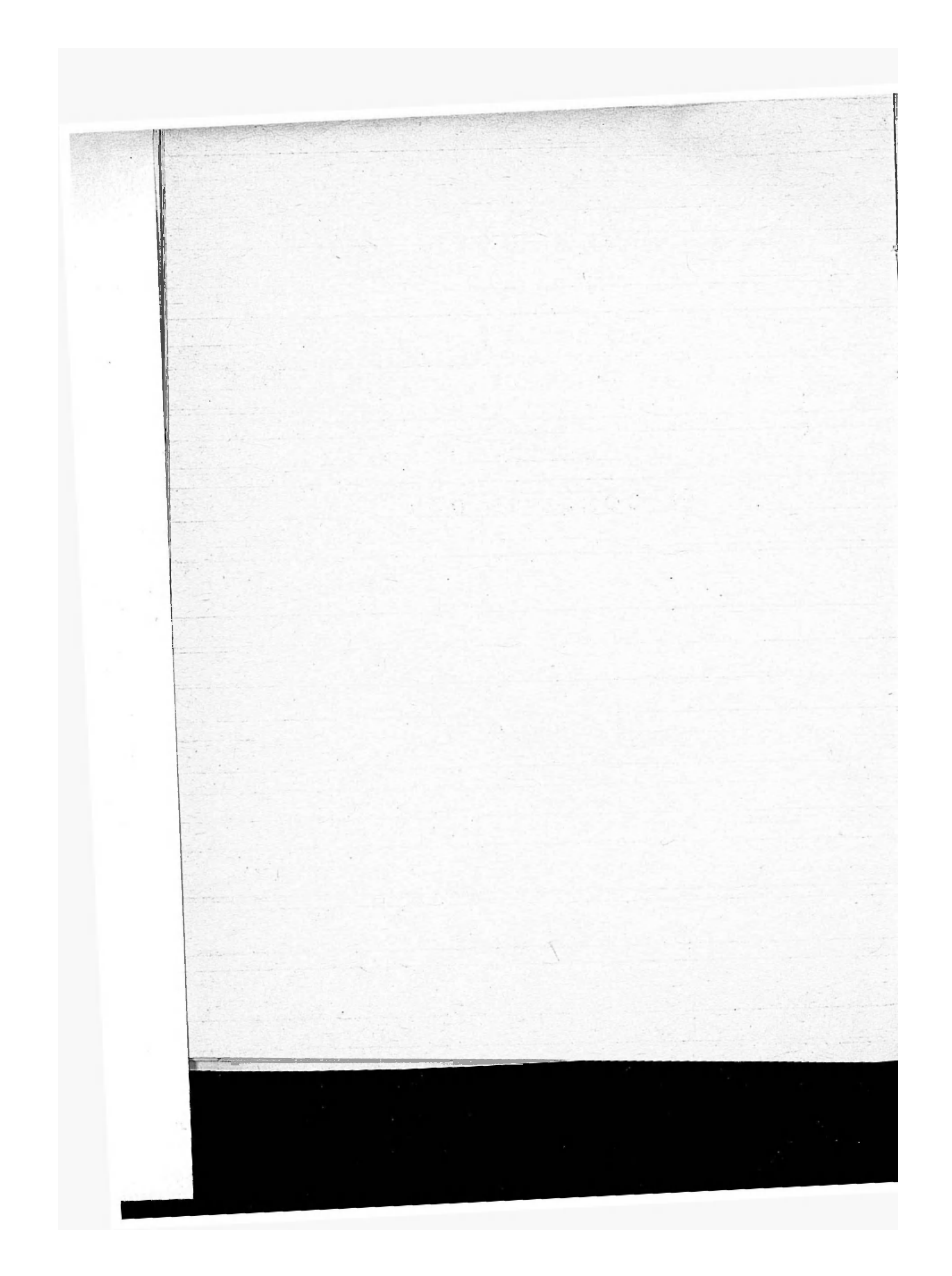
quez de León, Cristóbal de Olid, etcétera, tenían resuelto no permitir que el Gobernador les impusiese a un Vasco Porcallo, en vez de aquel cortesísimo fascinador extremeño, que cuando vio a Puerto Carrero sin caballo, se arrancó del terciopelo de su ropa unas lazadas de oro y compró la célebre yegua rucia de carrera para darla al hidalgo de Medellín" (Pereyra, T. III, 65, *Hist. de la América española*). Rápidamente se abrían paso, se imponían como algo que tiene derecho a ocupar el primer lugar, su genial destreza, sus evidentes cualidades y aptitudes de jefe. Pronto iba a demostrar que la madera de que estaba hecho no era de un vulgar aventurero, sino de verdadero y grande conquistador, y que el solo nombre de Cortés sería tan temido y acatado, así en las Indias como en España, "como fue nombrado el nombre de Alejandro en Macedonia, y entre los romanos Julio César... y entre los cartagineses Aníbal..." (Bernal Díaz, Cap. XIX).

Era el nonagésimo día desde que se comenzaron los preparativos para la expedición y Cortés tenía ya todo listo: once navíos, de los que sólo uno calaba ciento veinte toneladas, tripulados por ciento diez marineros; quinientos setenta hombres de guerra con once caballos, seis yeguas, diez tiros de bronce, cuatro falconetes, treinta y dos ballestas, trece escopetas y matalotaje de tocino y pan cazabe. Tal era el brillantísimo cuerpo de penetración que marchaba a la conquista de un imperio. Bien sabía Cortés que no era menester ponderar a su gente los peligros que iban a arrostrar; por eso pocos momentos antes de soltar las amarras, teniendo izado y ondeando al viento el pendón de Castilla, se contentó con arengarles que las grandes empresas sólo se alcanzan

con grandes esfuerzos y que jamás ha sido la gloria el premio de la pereza. Les requirió y les prometió fidelidad. "Pocos sois, pero esforzados; si vuestro ánimo no vacila, estad seguros de que el Altísimo, que nunca ha abandonado a los españoles en sus combates con los infieles, os salvará, aunque os veáis envueltos por una nube de enemigos, porque vuestra causa es justa y peleáis bajo la bandera de la Cruz" (De Gómara, citado por Prescott, *Conquista de México,* T. I, p. 191).

Pocas horas después, aquellos hombres que aún sentían caldeado su corazón con las palabras del Capitán daban el adiós definitivo a las costas de Cuba para dirigirse a las de Yucatán. Era el día 18 de febrero de 1519.

EL CONQUISTADOR



MUCHAS VECES el hombre lamenta el que a sus ojos de carne se esconda el futuro, y es que no advierte en esto un beneficio de la Providencia. En la mayoría de los casos esta vista del porvenir traería consigo la decepción, el temor, la inercia, y tal vez la desesperación y la muerte. Al leer y considerar los trabajos y dificultades inauditas por los que tuvo que pasar Cortés para lucrar el título de Conquistador de México, se le antoja al ánimo pensar y tener por cierto que, de haberlas conocido de antemano, aquel hombre de hierro hubiera vuelto pies atrás espantado. Pero no; gracias a Dios que Don Hernando no intuyó el futuro. Su mirada y su genio se aplicarán con toda el alma a superar la dificultad del presente. Con flexibilidad pasmosa sabrá adaptarse a las circunstancias más imprevistas. La conquista que va pronto a realizar será única en la historia y toda ella irá marcada con el sello de su propia personalidad.

Con suma prudencia y tino no quiere Cortés dificultar la empresa aventurándose desde los principios por lugares totalmente ignorados. Hace pie en huellas conocidas con el fin de adquirir mayores datos sobre las tierras del Septentrión. Llega Cortés a Cozumel, a donde ya se le había adelantado Pedro de Alvarado. En esta isla, dice Bernal, "comenzó Cortés a mandar muy de hecho y Nuestro Señor le

daba gracia, por doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos". Aquí también Cortés se interesa por rescatar a dos compatriotas que años atrás, después de haber sido víctimas de un naufragio, habían sido convertidos en esclavos. De estos dos españoles sólo Jerónimo de Aguilar vuelve a los suyos. En Cozumel fue donde se despedazaron los primeros ídolos y fueron sustituidos por una imagen de Nuestra Señora y por una Cruz. Por fin, hecho un alarde de las fuerzas con que contaba la expedición, abandona Cortés aquellas costas y la flota aproa hacia la desembocadura del Grijalva hacia las tierras de Tabasco, de las que toma posesión, a nombre de Su Majestad, después de sangriento combate, en el que acreditó por primera vez su extraordinaria pericia militar. Sometidos los caciques, Cortés se muestra magnánimo con ellos. Hubo intercambio de presentes, entre los que no tuvo comparación el regalo, de parte de los tabasqueños, de veinte mujeres que vinieron a ser las primeras cristianas del Nuevo Mundo y entre las que se contaba la excelente Doña Marina. Los indios, además, se comprometieron a abrazar la fe. Y se mandó construir un altar bien labrado. "Y se puso en el altar la imagen de Nuestra Señora y la cruz y púsose por nombre a aquel pueblo Santa María de la Victoria" (Bernal Díaz, Cap. XXXVI).

De aquellos indios pacificados oyó por vez primera Cortés el nombre de un país situado hacia donde se pone el sol, del que traían oro y otras joyezuelas. A este país unos le llamaban "Colúa" y otros "México". Cortés y los suyos intentan conocer más pormenores de ese país, pero sólo alcanzaron a entender que Colúa se encontraba más adelante.

Cinco días permaneció Cortés en el pueblo recientemente fundado, tiempo que se ocupó en curar heridas y en prepararse para continuar la marcha. Cortés dejaba ya una cristiandad que formaba a la vez los súbditos primeros de Su Majestad.

El Jueves Santo, y cruzando aguas mexicanas, anclaba toda la armada a sotavento de San Juan de Ulúa, paraje que no era desconocido del ilustre piloto Alaminos, quien había acompañado antes a Juan de Grijalva. Ulúa pertenecía ya al gobierno del rey de México y ahí iba a verificarse el contacto de dos potencias y "el conflicto de dos mundos".

Anclada la flota, los barcos se colocaron a conveniente distancia unos de otros, poniéndose a cubierto de los nortes. Sobre el castillo de popa del buque en que iba Cortés, se izó la bandera de Castilla, que flotó majestuosa acariciada por la suave brisa que rizaba las azules aguas del mar. Los expedicionarios fijaban sus ojos en el punto frontero a la isla, pero sólo descubrían una playa arenosa que reverberaba con los abrasadores rayos del sol. Mas poco después se vieron acudir grupos numerosos de indios, quienes remaban con gran fuerza hacia donde estaban los españoles, "y como vieron los estandartes y el navío grande conocieron que allí habían de ir a hablar al capitán" (Bernal). Al llegar al costado de la Capitana alzaron los remos y mientras unos se quedaban en las canoas, otros penetraron a bordo con grande confianza preguntando por el general. Pero he aquí que surgen unos momentos de confusión. Aquel español recientemente rescatado en Cozumel y quien había hecho hasta entonces de intérprete no comprendió la lengua de los indios mexicanos. Estos fueron los instantes en que se reveló Doña Marina:

el primer contacto de las dos civilizaciones iba a realizarse por medio de aquella inteligente india. Con su penetración advierte que la pregunta de los mexicanos no había sido comprendida. Entonces, hablando en lengua maya a Aguilar le dice: que aquellos enviados son mexicanos y que desean entenderse con el Capitán. Contentísimo quedó Cortés de la nueva intérprete que le ofrecía la posibilidad de ponerse en relaciones con el famoso "México".

Recibió, pues, a los mexicanos, "y los indios hicieron mucho acato a Cortés a su usanza, y le dijeron que fuese bien venido, e que un criado del gran Montezuma, su señor, les enviaba a saber qué hombres éramos é qué buscábamos e que si algo hobiésemos menester para nosotros y los navíos que se lo dijésemos, que traerán recaudo para ello. Y Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y Doña Marina, que se lo tenía en merced y luego les mandó dar de comer y beber vino y unas cuentas azules; y desque hobieron bebido les dijo que veníamos para vellos y contratar, y que no se les haría enojo ninguno, e que hobiesen por buena nuestra llegada a aquella tierra. Y los mensajeros se volvieron muy contentos" (Bernal Díaz, Cap. XXXVIII).

Por este mensaje los españoles conocían ya con certeza la existencia de un gran señor llamado Moctezuma, que era a la vez cabeza de un gran reino.

Mas aquí nos apropiamos el inimitable modo de hablar de Bernal Díaz por razón de hacer justicia a una persona que influyó en momentos decisivos y críticos de la conquista: "Antes que más meta la mano en los del gran Moctezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir los de doña Ma-

rina" (Cap. XXXVII). El máximo historiador de la Conquista dedica a la honra de esta célebre mujer "Cacica y señora de pueblos y vasallos" todo el capítulo 37 de su obra; nosotros sólo le consagraremos unas cuantas líneas que bien merece. India noble nacida en la región de los nahutlacas quedó huérfana de padre cuando era aún niña. Casada la madre por segunda vez, vendió a la hija a unos mercaderes de Chiclanco, pues quería que el nuevo hijo fuera el heredero del cacicazgo. De este modo pasó a tierras de Tabasco y después vino a formar parte del famoso presente de las veinte esclavas. De buen parecer, se mostró desde el principio libre, suelta, de gran penetración, de sorprendente iniciativa personal. En breve tiempo aprendió también el español, e instruída en los dogmas de la religión cristiana fue bautizada solemnemente.

Siempre leal a los españoles los sacó varias veces de situaciones muy comprometidas merced al conocimiento que tenía de la tierra y de los naturales. Respecto a sus compatriotas los favoreció en lo que miraba a su verdadero bien, y por su influencia muchas veces se vieron libres de severos castigos. El respeto de los españoles para con ella se resume en el título que ya después de bautizada le dieron, llamándola Doña Marina. El mismo respeto se encierra en la palabra "Malintzin" de los indios.

La adquisición, pues, de india tan inteligente, fue de gran valía para Cortés y para toda la obra de la conquista, ya que pudo comunicarse con los mejicanos. Por ella y por Aguilar pudo enterarse de los pormenores más sutiles y recónditos de aquel mundo recién descubierto.

Después de retirados los mensajeros indígenas, Cortés pudo abarcar de conjunto toda la magnitud de la conquista. En el espíritu genial del conquistador se formularon tres puntos objetivos: era menester primero caer como un rayo sobre el gran Moctezuma; había que defenderse en segundo lugar de las fuerzas que Diego Velázquez enviara en su persecución; por último obtener que la corona de España reconociera sus actos y le hiciera gobernador de las tierras conquistadas; en otros términos, debía de hacer tres conquistas en una: la conquista de México, la de Diego Velázquez y la de la Corte.

Para esto no debía perder un solo momento y tenía que mantener la unidad más completa en sus miras. Todo dependía del tiempo; la celeridad debía servirle para desconcertar a sus enemigos y ganar amigos, asombrando de paso a todo el mundo.

En los días siguientes, habiendo desembarcado se levantó un real, se emplazó la artillería y se notificó a los enviados del gran señor que otro gran señor, el mayor que había en el mundo, le enviaba un mensaje de paz y amistad. Acompañando el saludo iba un sartal de cuentas de vidrio, una silla con entalladuras de taracea, una gorra carmesí con su medalla de oro, y algunos brazaletes de piedras azules que los indios miraban con particular predilección; además iba también un casco para que lo trajeran lleno de oro; pues el Capitán de la nave quería saber si el oro de esa tierra no difería del que sacaba él de sus ríos.

A punto de partir los embajadores, habiendo advertido Cortés que varios dibujaban en grandes pliegos hechos de hojas de maguey los barcos, los cañones, las armas, el traje

y a los principales capitanes de la armada, incluso al general, preguntó cuál fuese el objeto de aquellas pinturas. Le informaron que era para dar a su rey y señor una idea exacta de todo lo que había en el campamento. Cortés sabía sacar provecho de todo, y en esta como en otras ocasiones supo valerse admirablemente de factores y circunstancias al parecer sin importancia que, pasando el tiempo, fueron de gran valía para el éxito de la empresa. Considerando, pues, que sería de gran utilidad hacer una ostentación de fuerza con el fin de que los mensajeros llevaran a Moctezuma y a sus nobles noticia del poder de sus armas, mandó que se cargaran los cañones y se colocaran en sitio conveniente y que Pedro de Alvarado con los demás caballeros que formaban el corto pero lucido escuadrón, se presentaran a caballo. Todo resultó a la medida de su deseo. El mismo se colocó al frente de la caballería y las evoluciones comenzaron en gran orden. Para que los corceles pudieran correr con más libertad y obedecer a la rienda, se dirigieron a la playa. Los indios mexicanos admiraban llenos de asombro el rápido movimiento de los animales, la destreza de los jinetes y el manejo de las resplandecientes espadas. Después, acercándose Cortés a los artilleros, mandó disparar: en el acto todos los cañones con un estruendo que hizo temblar a los que por primera vez escuchaban tan terribles truenos, arrojaron sus balas que fueron saltando por la orilla de la playa. El asombro de los indígenas era indescriptible y Cortés no dudó de que la relación que aquellos súbditos harían a su emperador por medio de la escrito-pintura produciría el efecto apetecido. Partieron en seguida los embajadores para poner al tanto a su

Señor de la entrevista y para hacerle entrega de los presentes enviados por el general español.

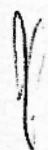
Bien pronto bajaron tamemes del gran Señor, cargados de regalos. La rapidez con que se había hecho el transporte desde la distante ciudad parecía inverosímil. Llevaban tercios de ropa, de algodón, trabajos de pluma, animales verdaderos y fantásticos de oro, mascarillas de mosaico y otros muchos objetos tan raros, de tan maravillosa elaboración que todos los que se habían conocido anteriormente parecían sólo una mera falsificación de aquéllos. Lo que más sorprendía a todos era un sol de oro "tamaño como una rueda de carreta y una luna de plata que lo acompañaba". Pero aun el sol como rueda de carreta palidecía y la luna de plata se eclipsaba cuando apareció el casco rebosante de oro. "¿Qué hacer con aquel tesoro? Dádivas quebrantan peñas. Y Cortés, después de pensarlo muy detenidamente, determinó convertirlo en testigo muy elocuente para que abogase por él y por sus compañeros ante la corte. ¿Cuáles eran los servicios de Velázquez y cuáles sus descubrimientos? ¿Qué beneficio había aportado a la corona, sino sólo palabras mendaces? Allí estaba el descubrimiento patentizado, allí estaba la verdadera conquista. Que hablasen aquel sol de oro, aquella luna de plata, aquellos mosaicos, aquellos tejidos de pluma, aquella tela de pelo de conejo, aquel algodón blanquísimo y flexible, aquellos ídolos de barro, cobre, bronce y oro, aquella pedrería de los Chalchihuites, aquellas flechas y macanas. Eso era descubrir, eso conquistar" (Pereyra).

Capitán, jefes y soldados renunciaron gustosos a sus respectivas partes y todo se envió a la Corte para que sus Altezas Doña Juana y Don Carlos viesen y juzgasen por sí

mismos. Pocos meses después, el nombre del nuevo Capitán corría por toda España como reguero de pólvora, y aun el propio Magallanes, el temerario navegante, el soldado sin miedo, iniciaba su travesía llevando el nombre de Cortés en los labios, encareciendo sus proezas y reconociendo su gran genio militar. Y ¿por qué todo esto? Es que Cortés, antes de llegar audazmente a la invencible ciudad donde residía el gran señor de los culúas, antes de apoderarse de su persona, antes de desbaratar a Narváez, incorporándose los 1350 hombres que lo acompañaban y de adueñarse de sus dieciocho navíos con que el teniente y vengador del desairado Velázquez llegó a la ya Nueva España para prenderlo, es decir, antes de realizar las dos primeras conquistas, comenzaba Don Hernando por conseguir un triunfo decisivo en la tercera: conquistar a la Corte de España y primero que a la Corte a la opinión pública.

Cortés está ansioso de marchar al interior, pero primeramente determina acrecentar y, en cierta forma, legalizar el poder que tiene sobre sus hombres. Pocos días después de su llegada a la playa frontera de Ulúa se había verificado la fundación de la "Villa Rica de la Vera Cruz", lo que tuvo una consecuencia decisiva en el futuro del Conquistador. Valiéndose de una combinación muy ingeniosa, Cortés, que en todo empleaba "mañas y estilo de escribano", hizo correr por todo el campamento el rumor de que los partidarios de Velázquez exigían el regreso a Cuba para entregar el regalo al Gobernador. Decían éstos que, puesto que Cortés sólo había recibido facultades para rescatar, debían volver inmediatamente a la isla con el oro. Pero en lo que menos pensaba Cortés era en volver a la casa de su compadre. Esto signi-

ficaba para él haber perdido el tiempo, el dinero y el prestigio, y para casi todos una defraudación en las grandes esperanzas de la conquista. En tal situación los valientes formaron un partido, resueltos a permanecer en la tierra y a seguir adelante costara lo que costara. Mas una nueva dificultad se levantaba. De las mismas instrucciones del Gobernador la fundación de ciudades y villas no podía hacerse a su nombre. Entonces uno propuso la solución: que la fundación se hiciera independientemente de Velázquez, a nombre del Rey y para el Rey; así no sería vicioso su origen y hasta tendría carácter autónomo. Y se procedió a la obra delante de un Notario, resultando todo a la medida de los deseos del inteligente y sagaz promotor. Y así fue como, ante el regimiento de la Villa Rica, presidido por Don Alonso Hernández Puerto Carrero y Don Francisco de Montejo, Cortés presentó la renuncia que hacía del mando, por haber quedado extinguidas sus facultades y por haber desaparecido sus poderes. El regimiento aceptó la renuncia e inmediatamente le otorgó con gran solemnidad, a nombre de sus Altezas, nuevos y amplios poderes como Capitán General y Justicia Mayor de la expedición. Nada tiene que ver ya con Velázquez. En adelante toda su obra la referirá a la honra de Dios y en servicio de su Majestad. Pero tampoco echará en olvido completo que todo su poder ha derivado próximamente de sus mismos hombres.



Regularizada su situación, Cortés se dirige a Cempoala aceptando la invitación que le había hecho el cacique de los Totonacas, a quien Bernal Díaz apellida el "gordo" porque apenas se podía mover. Días antes este cacique había enviado mensajeros al Jefe blanco solicitando la visita. De estos

mensajeros totonacas Cortés se informó de que todo aquel pueblo estaba disgustado de los abusos de Moctezuma, cuyo yugo anhelaba sacudir. Tales nuevas le hicieron concebir nuevas y grandes esperanzas. Quizás fue ésta la hora en que pensó que aquel deslumbrante trono azteca podía derrumbarse fácilmente y que el pueblo que hasta entonces había sido conquistador, sujetando a la dura condición de tributarias a las demás tribus, podría ser conquistado con los recursos sacados del mismo país. Su genio deslumbrante descubría que aquel poderoso imperio que de pronto se había presentado ante su vista tan robusto y armipotente, encerraba dentro de sí poderosos elementos que podían provocar su ruina; lo importante por lo mismo era saber aprovechar, encauzar y dirigir aquellos elementos.

Pasados algunos días de trabajoso camino llegaron por fin a Cempoala, donde fueron recibidos con grandes muestras de amistad y contento. Allí Cortés tuvo varias entrevistas con el cacique, quien no cesaba de quejarse por las vejaciones de Moctezuma. A esto observó el Capitán español que precisamente él venía ahora y en nombre de un señor muy poderoso, con el fin de "desagraviar y quitar tiranías" y que así perdieran cuidado, pues los españoles se encargarían de proteger a todos los oprimidos y de librarlos de tan inicua esclavitud.

La acertada e inteligente política de Cortés alcanzó con relativa facilidad la alianza de los pueblos totonacos y el juramento de obediencia que hicieron al monarca español. Este pacto le proporcionó una considerable fuerza y reafirmó su situación respecto de los hechos que se van a seguir. En repetidas ocasiones Cortés había manifestado a los enviados de Moctezuma su deseo de tener una entrevista personal con el

Emperador, pero siempre se le había contestado que éste no estaba dispuesto a concedérsela y que por el contrario lo que más anhelaba era su alejamiento de la tierra. Como Cortés no se cuidara de tales avisos, su estancia en el territorio fue haciéndose cada vez más difícil y peligrosa; mas contando con la cooperación de una provincia tan importante, que al aumentar su poder debilitaba el de Moctezuma, tenía ya una base segura desde donde podía marchar hacia las regiones del interior.

En este estado caminaban las cosas cuando he aquí que un día se presenta Francisco de Saucedo con diez soldados y dos caballos, procedente de Cuba, trayendo noticias que echaban por tierra todo lo hecho hasta ahí para legalizar la conquista: a Velázquez le había llegado la capitulación, o sea que el Gobernador de Cuba tenía ya adquirido el título de Adelantado de la Isla y de las tierras descubiertas desde que le fue conferido el mando de aquélla, con la facultad de establecer poblaciones en los puntos que juzgase conveniente. Todo, pues, amenazaba caer a tierra, y así hubiera sin duda sucedido con otro espíritu menos rápido y flexible que el del Conquistador. Esta fue la coyuntura en la que se le ocurrió a Cortés enviar a la Corte, sin pérdida de tiempo, el regio tesoro enviado por Moctezuma, al lado de una relación tan circunstanciada como amañada para que las dádivas y el alegato hablasen por él. Con la misma celeridad los partidarios de Velázquez acordaron apoderarse de un bergantín y poner al Gobernador sobre aviso, para que interceptando el paso de los enviados, fuese él quien hiciese el envío del famoso tesoro. Descubierto el complot, Cortés procedió en el acto con una medida de rigor: mandó que fuesen ahorcados

dos de los más resueltos partidarios de Velázquez, usando del rigor necesario contra los reincidentes de deserción frente al enemigo. "Pero había algo más que el riesgo de la deserción: el desaliento minaba aun a los leales; el propio Cortés acaso vacilaba frente a la magnitud de la empresa" (Vasconcelos, *Breve Hist. de Méx.,* pág. 75). Entonces fue cuando surgió, "necesidad heroica y no alarde vano, el insuperable episodio de la quema de las naves, que a todo un ejército abanderado de una gran causa dejó sin retirada y entregado a la sola potencialidad de su fe en la victoria" (*Op. cit.,* págs. 74 y 75). Las naves, bien sabido es, no fueron quemadas sino desarmadas; Cortés quiso cortar la retirada a los devotos de Velázquez quitándoles todo medio de fuga o de relaciones con el enemigo insular. En paso tan trascendental no quiso obrar el Conquistador por su exclusiva cuenta y riesgo, sino apoyándose en el parecer y en la decisión de la parte más firme del ejército; y hasta aquellos partidarios de Velázquez, para quienes los intereses propios pesaban ya más que los del Gobernador, si no le secundaron abiertamente, por lo menos cedieron callando. Aun antes de ejecutar el desesperado designio los beneficios se dejaron sentir. En presencia de un hecho irreparable como el que se proponían realizar los expedicionarios, desapareció toda división por causas anteriores y se formó una nueva línea entre los soldados de la conquista: los tímidos por una parte veían con horror la desaparición de los navíos, en tanto que los audaces consideraban menos aventurada la empresa una vez que las deserciones fueran imposibles.

La destrucción de las naves, hija de un cálculo profundo, comprendía, pues, varios fines: primeramente impedir que

Diego Velázquez tuviese conocimiento del viaje de los que se dirigían a la Corte; después, que el partido del Gobernador, reforzado por los tímidos o desalentados, tuviese una base de oposición en la costa, y por último utilizar como elementos militares no sólo a los pusilánimes y a los descontentos, sino también a los marinos que iban a quedar desocupados. Y la quema de las naves se llevó a cabo. "Sin una palabra de jactancia, con sencillez castellana refiere Bernal Díaz uno de los episodios más notables de la historia universal". "Y luego mandó a un Juan de Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor e gran amigo de Cortés y enemigo del Diego Velázquez, porque en la isla de Cuba no le dio buenos indios, que luego fuese a la Villa y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas y cables y velas y lo que dentro tenían de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos a través, que no quedasen más de los bateles" (Cap. LVIII). Este "episodio marca el instante en que Cortés decidió la conquista, sobreponiéndose a los que habrían hecho de su expedición una de tantas que exploran tierras desconocidas, pero no las ocupan ni las transforman". La literatura heroica de la humanidad, en todas sus lenguas, tiene adoptada la frase "quemar las naves", que se aplica a toda decisión valerosa y extrema. Bien merece Cortés tal honor. No hay alarde parecido en ningún otro aventurero marcial (Vasconcelos, págs. 75 y 76).

Con este esfuerzo de magnanimidad aquellos quinientos aventureros se dispusieron para una epopeya. Llenos de intrepidez y valentía habían convenido voluntariamente en encerrarse en un país enemigo, lleno de pueblos poderosos y des-

conocidos, cubiertos todos los caminos a la fuga y sin otro recurso que Dios, su buen pelear y sus corazones fuertes.

"La penetración en el país no fue un acto de insensatez. Tuvo los invariables caracteres de la acción cortesiana que eran la previa elaboración mental, detenida y lúcida, la delicada excogitación de medios, más sorprendentes que el propósito mismo y la ejecución sin titubeos, con una audacia arrolladora de todos los obstáculos" (Pereyra). Apoyándose en los cempoaltecas, se dirige por Jalapa hacia Tlaxcala, con la firme resolución "de ir a ver doquiera que estuviese, a aquel gran señor que se llamaba Moctezuma, y haberlo preso, o muerto, o súbdito de la corona real del Emperador Carlos V".

Confiado iba Cortés en conseguir la alianza de los tlaxcaltecas, ya que eran los eternos enemigos de los aztecas; mas la sumisión y amistad de esta república libre fue más difícil que la de los otros fieles vasallos del imperio: se tuvo que proseguir a poder de sangre y fuego en varios combates donde los españoles se vieron en peligros inauditos.

Venidos los tlaxcaltecas a México mucho antes que los mexicanos, después de luchar contra varios señoríos colindantes, formaron una república oligárquica que llegó a mantenerse siempre independiente y contra la cual se estrellaron los ejércitos de los reyes mexicanos. Era un pueblo guerrero y frugal, de carácter impetuoso y altivo, altamente celoso de su honor y de su libertad. Aunque el terreno que ocupaba la república era pequeño, tenía grandes pueblos y numerosas ciudades que contaban, a la llegada de los españoles, con más de cincuenta mil casas y seiscientos mil habitantes.

Tres fueron los combates principales que sostuvo Cortés contra los tlaxcaltecas y aunque ellos, mandados por el joven general Xicoténcatl siempre pelearon con mucho denuedo y ánimo, sin embargo, la disciplina de los soldados españoles, la inmensa superioridad de sus armas y el espanto que producía el estruendo de ellas, la presencia de los caballos y sobre todo la inteligente y hábil táctica militar de Cortés, dieron todas las veces el triunfo a los conquistadores. Marchaban siempre preparados para combatir. "Mirad señores compañeros, dijo Cortés a sus soldados, ya veis que somos pocos; hemos de estar siempre tan apercibidos y aparejados, como si ahora viésemos venir los contrarios a pelear". Respecto a la energía y valor que debían desplegar nada tuvo que pedir. Recomendarles decisión y arrojo hubiera sido ofenderles: "Ya bien he entendido, les dijo, que en el pelear no tenemos necesidad de avisos, porque he conocido que por bien que yo lo quiera decir, lo hacéis muy más animosamente". En cuanto al mismo Cortés, siempre era el primero en los peligros; al frente de la caballería "lo hacía como buen capitán como siempre lo fue". (Bernal)

La tercera de las batallas fue la decisiva. Cortés estaba dispuesto a llegar a la capital de la república y someterla por la fuerza, si no tenían resultado las embajadas de alianza que repetidas veces había enviado. Valiente como era, hacía justicia a los que lo eran también. Los tlaxcaltecas habían manifestado sumo valor y no se le escapaba al Conquistador que si lograba persuadirles la paz y convertirlos en aliados, su entrada a México adquiría mayor seguridad. Por otra parte el corto ejército español se encontraba en críticas condiciones y Cortés consideraba que aquella situación precaria no po-

dría prolongarse mucho tiempo. Cierto día en que Cortés salió con unos cuantos para efectuar un reconocimiento, algunos de los antiguos descontentos comenzaron a quejarse y murmurar de Cortés, tachándolo no sólo de temerario sino de insensato, pues decían que si los tlaxcaltecas habían presentado tan terrible resistencia ¿qué no harían los mexicanos que eran mucho más fuertes y poderosos? Afortunadamente, a pesar de todas las quejas, los corrillos no tuvieron el carácter de insubordinación. Cortés oyó personalmente las quejas de los descontentos, reconoció que los sufrimientos del ejército excedían a toda ponderación; pero lejos de aceptar las proposiciones de regreso les exhortó vivamente a seguir adelante, pasara lo que pasara. "Ansí que señores, les arengó, no es cosa bien acertada volver un paso atrás; que si nos viesen volver estas gentes y los que dejamos de paz, las piedras se levantarían contra nosotros y como ahora nos tienen por dioses o ídolos, que ansí nos llaman, nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas". Y como algunos insistieran, cortó la conferencia diciendo: "que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados". La mayoría del ejército aplaudió con entusiasmo las últimas palabras de su general, y le hizo presente, una vez más, su incondicional adhesión, y hasta los quejosos, con el ejemplo, cobraron más ánimo, "y los atraje a mi propósito, escribía Cortés a Carlos V, que era dar fin en mi demanda comenzada".

Pocas veces se habrá encontrado otro general en las circunstancias en que se hallaba ahora Cortés. Internado en un país enemigo, lejos de la costa, con los numerosos ejércitos de tlaxcaltecas al frente, que, como afirma Bernal, podían

vencer "a puñadas de tierra, sino que la gran Misericordia de Dios nos socorría y nos guardaba"; con las fuertes guarniciones de mexicanos a la espalda, que se arrojarían sobre él al primer momento oportuno; herida y enferma la mayor parte de los españoles; maltratados los doce caballos que quedaban; enfermo él mismo de calenturas. Cualquiera otro que no hubiera sido Hernán Cortés, hubiera abandonado la empresa al palpar lo inverosímil del éxito; mas él estaba dispuesto a no cejar ni ante la misma muerte.

Por fin, después de un último triunfo alcanzado aun sin combatir, gracias a una ocurrencia de aquel hombre extraordinariamente fecundo en medios y recursos, los indios habían huído a la sola vista de los españoles, por haber oído el ruido de los cascabeles que traían puestos los caballos. La victoria española quedó patente cuando el irrevocable y valiente Xicoténcatl, reconociéndose vencido, se presentó a la tienda de Cortés para ofrecerle la alianza y sumisión de toda la república, asegurándole que si los españoles los habían encontrado terribles en la guerra, los hallarían aún más fieles en la paz, verdad que el tiempo se encargó de confirmar.

"Era Xicoténcatl, dice el cronista, alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta y era hasta de treinta y cinco años y mostraba en su persona gravedad. Cortés le dio las gracias y le hizo mil halagos y dijo que lo recibía por vasallo de nuestro Rey y señor y como amigo suyo".

A todo esto, Moctezuma, sabedor de los triunfos alcanzados por el capitán de los blancos, había enviado en diferentes ocasiones embajadores con muy ricos presentes, aconsejándole de paso que desconfiara por completo de los tlaxcaltecas y no

hiciese ningún pacto con ellos, proponiéndole al mismo tiempo enviar todos los años un rico tributo al monarca español si se volvía a su patria, desistiendo de llegar a la gran capital. Cortés le dio las más expresivas gracias, respondiendo que le era imposible acceder a sus proposiciones, pues tenía órdenes de su señor de llegarse hasta México y celebrar una entrevista personal con él.

En Tlaxcala fueron los conquistadores regiamente recibidos y agasajados. Después de permanecer allí unos días en los que descansaron un tanto de las muchas fatigas pasadas y en los que recibieron una noticia más exacta de la ciudad azteca, se dispuso el ejército a continuar su camino hacia la gran Tenochtitlán.

Tomando el sendero que pasa por Cholula, salió Cortés de Tlaxcala con toda su gente y un buen número de soldados de la república. Al llegar a la "ciudad santa", salieron a su encuentro gran número de señores principales, sacerdotes y nobles para darle la bienvenida, y habiendo dejado al ejército tlaxcalteca acampado fuera de la ciudad, con el fin de evitar choques con sus enemigos, penetraron los españoles a la población, donde fueron alojados en ricos palacios. Durante los primeros días los obsequios y muestras de amistad se sucedieron continuamente. Mas de pronto todo cambió. Los víveres faltaron; en las calles de Cholula se empezaron a advertir preparativos de guerra, los templos y casas tomaron el aspecto de fortalezas; cavaron hoyos con agudas estacas en el fondo que disimulaban con ramas, con el fin de acabar con la caballería. Los niños y las mujeres se daban prisa para abandonar la ciudad. Mutación tan repentina pareció apoyarse en que en las cercanías acampaban veinte mil

guerreros de Moctezuma que con sus embajadores exigían a los de Cholula que aprehendiesen a los españoles y los llevasen atados a México.

Cortés se alarmó al tener noticia de todo esto y pensó que algo grave se tramaba contra ellos. Marina, la inteligente india intérprete, salvó a los españoles. Habiéndose informado del ataque que se preparaba contra ellos, lo comunicó inmediatamente a Cortés. El general comprendió desde luego lo difícil de la situación: estaba por caer en un lazo tendido diestramente para aniquilarlo. Con la rapidez y decisión con que procedía en los momentos más críticos, habiendo antes consultado a los principales capitanes, combinó su plan. Se hacía indispensable un escarmiento enérgico para ponerse a salvo de nuevas celadas.

Reunió a los principales jefes cholultecas y a algunos guerreros en un gran patio y después de amonestarlos por su traición y perfidia, ordenó a sus soldados que mataran a todos. La matanza fue terrible y pronto se generalizó la lucha por las calles. El combate fue corto. Pronto los españoles, ayudados de sus aliados, se apoderaron de toda la ciudad.

Restablecido el orden con algún trabajo, pues los indios "iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podíamos detener", Cortés mandó que cesase todo acto agresivo y publicó en seguida un indulto general.

Este sangriento hecho ha sido muy discutido por los historiadores y algunos han querido ver en el enérgico castigo sólo un capricho y deseo de sangre de Cortés; sin embargo, los más rectos y sensatos escritores, aunque lamentan los acontecimientos, reconocen que, dada la difícil situación del Con-

quistador y la conducta observada por los cholultecas, tan radical medida por lo menos no fue injusta.

La severa lección recibida aumentó el asombro de los aliados y produjo en los pueblos circunvecinos un efecto maravilloso. Las ciudades más importantes próximas a Cholula enviaron a sus embajadores, y manifestándose adictas a Cortés, le ofrecieron además su alianza y solicitaron su protección.

Por su parte Moctezuma negó toda participación en los sucesos y reiteró sus promesas de amistad a los extranjeros pidiéndoles al mismo tiempo que si era posible desistiesen en su empeño de pasar adelante. Pero esta petición resultaba superflua ante el inquebrantable propósito que habían hecho los españoles de verificar su entrada en la capital azteca. Propósito que se afirmó cuando después de fatigas sin cuento lograron alcanzar la cima del elevado monte Ithualco, situado entre los dos inmensos volcanes, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. Allí, al doblar uno de los ángulos de la sierra, descubrieron de repente una perspectiva que compensó con usura las pasadas fatigas del viaje. Ante sus asombrados ojos aparecía radiante el majestuoso y bellísimo valle de México: un conjunto de lagos, jardines, ciudades, ríos, bosques y florestas admirablemente colocados en el delicioso oasis en que se asentaba la grandiosa ciudad del poderoso Moctezuma. Gratísima fue la impresión que recibieron D. Hernando y todo el ejército a la vista de este indescriptible panorama. Cinco grandiosos lagos ocupaban la décima parte del terreno. El más hermoso de todos, el grandioso lago de Texcoco, al que Cortés llamó en sus cartas, "un mar interior", se presentaba acariciando con sus ondas los antiguos muros de la ciudad del rey poeta, Netzahualcóyotl, de la Atenas de Anáhuac.

Una nube de densos vapores flotaba sobre sus tranquilas aguas cubriéndola como con un velo de gazas. En el centro del valle, como señora de la tierra, la hermosa Mextli, la Venecia azteca, con sus blancas torres y templos piramidales descansando en el seno de las aguas. Tal fue el encantador espectáculo que de súbito sorprendió y cautivó la mirada de los conquistadores y sigue cautivando a todos aquellos que por vez primera lo contemplan: cuadro que es preciso ver para gustar en toda su grandeza y que se ama cuando se ha tenido la dicha de conocerlo.

Según avanzaban los conquistadores, los caminos se llenaban de gente que acudía a saciar su curiosidad con la vista de los "teúles". Las quejas contra Moctezuma menudeaban y Cortés consolaba a los descontentos indios con "palabras amorosas que las sabía muy bien decir". De paso se le informó que Moctezuma les dejaba el camino libre, pero que en México pensaba matarlos. En Texcoco le presentó al Conquistador sus saludos propios y los de Moctezuma el gran señor Cacamatzin. Por fin amaneció el día en que desembocaron en la ancha calzada que conduce a Ixtapalapa. En esta ciudad fueron aposentados los españoles en palacios de cantería bien labrada. Al otro día, acompañados de los señores de Ixtapalapa emprendieron el camino por la calzada que conduce "derecho a la ciudad de México", y el día 8 de noviembre de 1519, siete meses tan sólo después de haber tocado las playas mexicanas, entraban de paz aquellos audaces conquistadores, que no pasaban de cuatrocientos, en la no menos hermosa que poderosa ciudad azteca. ¿Qué hombres ha habido en el universo —se pregunta Bernal Díaz— que tal atrevimiento tuvieran?

Los agasajos y honores que entonces recibió Cortés superaron con mucho a los pasados. El mismo Moctezuma, acompañado de los más distinguidos generales y nobles del imperio, salió a su encuentro para darle la bienvenida.

Conforme iban avanzando hacia el centro de la ciudad, el asombro de los españoles aumentaba al contemplar tanta belleza; sin embargo, no dejaron de observar con inquietud los puentes levadizos, que servían para atravesar los canales: podían quedar encerrados con sólo que los retirasen los indígenas. Una voz lanzada por el poderoso Moctezuma bastaría para perder a los extranjeros. Pero nada fue capaz de arredrar el gran corazón de aquel hombre extraordinario que había destruído sus naves para vencer o morir en la más difícil de las empresas.

Durante los primeros días no hubo novedad de importancia. Cortés celebró varias entrevistas con el Emperador recibiendo siempre muy honrosas distinciones y ricos regalos. Habiendo fortificado con gran diligencia el palacio que les habían dado por morada, Cortés se dedicó a reconocer la ciudad y preparar sus ulteriores planes de conquista. Pronto surgieron dificultades originadas por motivos religiosos y por haber perecido varios españoles de la guarnición de la Villa Rica a manos de soldados mexicanos. Por otra parte, a medida que pasaban los días, la permanencia de los extranjeros en la ciudad se iba haciendo cada vez más odiosa y se hablaba ya de su exterminio. A la vez llegaban noticias de levantamientos ocurridos en Cempoala. "Cuatrocientos extranjeros por bien armados que estuviesen, en el centro de la capital de un imperio, eran presa segura y ello no escapaba a la previsión de los españoles, así es que recurrieron

a uno de esos golpes de audacia que son el pasmo de la Historia" (Vasconcelos, *Op. cit.*, p. 104). Fue entonces cuando se acordó el recurso desesperado de "prender a Moctezuma o morir todos en ello". Y en prisiones quedó Moctezuma y con el monarca preso contaba ya Cortés con una defensa de valor imponderable.

Mas comienza ahora una desviación lamentable. Cortés comete algunos errores políticos que por poco hacen fracasar sus planes: en vez de cerrar el círculo de odios que rodea a su prisionero se entretiene en juegos de soberanía que exaltan inútilmente los ánimos. Esta conducta equivocada da por resultado el que se trame una rebelión para libertar al gran señor detenido en el cuartel de los españoles.

Estando ya próximo a estallar el movimiento que debía tragarse a los pocos centenares de conquistadores encerrados en la ciudad lacustre, llega una noticia fulminante: una poderosa expedición armada anclaba en la costa con el fin de apresar y destruir a Cortés. Pánfilo de Narváez, ejecutor de las justicias de Velázquez, se presentaba con dieciocho navíos y más de mil trescientos hombres bien armados y equipados, entre los que se contaban ochenta jinetes.

"Velázquez había tenido noticia del paso de un barco lastrado de oro. Envió fustes y navíos que lo persiguieran, y no habiendo podido capturarlo, dio a España la noticia del arribo de aquel tesoro que parecía habérsele arrancado de las entrañas. Montó a caballo —caso excepcional—, reclutó gente, y cuando todo estaba a punto, halló pretexto para no emprender el viaje. Un hombre de confianza haría por él lo necesario" (Pereyra, *Hist. de América,* t. III, p. 77). Narváez le había hecho la conquista de Cuba, sin que él hu-

biera tenido que quitarse las zapatillas. El mismo D. Pánfilo le haría la conquista de México, y de paso, para facilitarla, ahorcaría a Cortés. Lo único que se necesitaba era un cuerpo de expedicionarios de mil doscientos hombres, dos por cada uno de los de Cortés, y eso ya estaba listo.

Esta nueva y enorme dificultad venida del exterior iba a realzar una vez más la superioridad y la grandeza de alma del Conquistador, quien en estos momentos da comienzo a la segunda conquista.

Cortés salió de México al frente de ochenta peones. En Cholula se le incorporaron doscientos veinte. Llevaba, además, cuatrocientos indios armados de lanzas con moharras de cobre, fabricadas por indicaciones del mismo Cortés. Pero éste no fiaba el buen éxito a sus trescientos indios, pues, necesitaba poner de su parte otro factor para vencer a mil trescientos enemigos. Mientras él avanzaba rápidamente, avanzaban los efectos del "unto dorado". No cesaban los mensajes de uno a otro campo. Los de Narváez eran descomedidos y arrogantes; los de Cortés, melífluos. Pero lo importante es que debajo de cada mensaje de Narváez no había sino presunción, y debajo de cada mensaje de Cortés había ricos presentes y ofertas para todos los soldados de Narváez. Los dos capellanes de los respectivos reales, el P. Juan Díaz y Fr. Olmedo, juegan ahora un papel importante que redunda en bien de Cortés. El resultado de la presencia de Díaz en el real de Cortés, enviado por Narváez, y de la presencia de Olmedo en el real de Velázquez, enviado por Cortés, fue que el conquistador verdadero tuviese en sus manos hasta los papeles secretos del adversario, "y contase además con amigos muy adeptos en su campamento".

Así que la osadía de Cortés llegó hasta ir a buscar a su adversario que, lleno de petulancia, acampaba en Cempoala. Cuando llegó Cortés a las márgenes del río Chachalacas, animó a los suyos pronunciando una de sus mejores arengas, "un parlamento por tan lindo estilo y plática tan bien dicha, cierto, que no podrá haber otra más sabrosa". "Narváez, hinchado, confiado, había salido a esperar la llegada del enemigo, pero el enemigo, no se daba prisa —sus razones tenía para ello—, sino que parecía rehuír el encuentro. Narváez oía caer el agua arrulladora de la costa veracruzana. Era el mes de mayo; la noche refrescaba. El conquistador antillano fue impotente para vencer la tentación, y entrando en el campamento, se metió entre sábanas. Era el momento de Cortés. La acción dio principio con las siguientes palabras de Cortés: —Gonzalo de Sandoval, Alguacil Mayor de esta Nueva España, por Su Majestad yo os mando que prendáis el cuerpo de Pánfilo de Narváez, y si se os defendiese matadle, que así conviene al servicio de Dios y del Rey nuestro señor, por cuanto ha hecho muchas cosas en deservicio de Dios y de Su Majestad"

Gonzalo de Sandoval aprehendió el cuerpo de Pánfilo de Narváez después de una resistencia inconducente, pues, los rondadores habían abandonado sus puestos, los artilleros habían tapado los oídos de los cañones y los caballos andaban por donde querían. El único que hizo medianos esfuerzos fue Diego Velázquez el mozo, por honor del nombre. Narváez, con un ojo perdido de una lanzada, se presentó ante el vencedor declarándose su prisionero y felicitándole en alto estilo plutarquiano.

Era de ver a los dos hombres, ambos en la flor de la virilidad. El vencido de alta estatura, rubio, resplandeciente, solemne, bien hablado e imbécil. El vencedor, algo más alto, pero no menos bien proporcionado, era cenceño, de mirada triste, grave y amorosa, la cara de mal color, la barba rala y negra. Sonriendo, contestó a la retórica soplada de Narváez: "Doy gracias a Dios y a mis esforzados capitanes; mas una de las menores cosas que he hecho en esta tierra, es desbarataros y prenderos" (Pereyra, p. 79). Cortés, no obstante su respuesta de altiva humildad, no podía dejar de reconocer que su triunfo sobre Narváez era uno de los más brillantes de su carrera militar. Con unas cuantas veintenas de compañeros mal vestidos, cansados por las marchas forzadas, con todas las desventajas personales posibles, faltos de armaduras y aprestos militares, había atacado en sus propios cuarteles a un enemigo triple en número, lo había derrotado y hecho prisionero, a pesar de tener éste caballería y artillería y estar provisto de toda especie de municiones de guerra.

Al triunfar Cortés de Narváez realizaba la segunda de sus conquistas.

Terminado con gran éxito este suceso; reforzado su ejército con todos los elementos de Narváez, le faltaba a Cortés algo más escabroso: sobreponerse a las consecuencias de sus propios errores. Cuando salió de la ciudad azteca, la rebelión ardía; ahora, según los informes que le llegaron, la situación era desesperante. El encargado de las fuerzas de ocupación, Pedro de Alvarado, había cometido un acto de crueldad suicida matando en el recinto del templo mayor a un grupo de cuatrocientos o más señores principales, que ce-

lebraban una fiesta religiosa. La ciudad, lanzando un grito de rabia, sitió en su alojamiento a los españoles. El gran señor prisionero de ellos intervino y logró reprimir el ataque. Cortés se aproximaba a marchas rápidas. Al llegar no encontró resistencia. La ciudad silenciosa le dejó paso franco, pero sólo para envolverlo en una nube densa de odio y de venganza. Y aquí principia lo que pudiéramos apellidar la crisis de la primera de las tres conquistas, en la que el esforzado general y sus compañeros pasaron por la prueba más dura de toda esta epopeya.

"Los acontecimientos acumulan desastre sobre desastre. Las huestes mexicanas comienzan a atacar a los españoles y a intentar la toma de sus cuarteles, dirigidos por el valiente general Cuitláhuac. Ya no obedece ninguno de los resortes en los que se apoyaba el prestigio de Cortés. El pueblo, cansado de la cobardía del monarca prisionero, lo lapida y éste muere de un modo misterioso; pero tan llorado de los conquistadores, dice uno de ellos, "como si fuera nuestro padre". La guerra se desencadenó con furia inusitada y no quedó otro recurso que el último: el de forzar la salida; la que se hizo durante la célebre "noche de espanto". La salida se intentó de noche, porque se pensó que sería la hora en que los indios estaban más descuidados. Reinaba la oscuridad y lloviznaba, cuando "antes de media noche se comenzó a traer la puente y caminar el fardaje y los caballos y la yegua y los tlaxcaltecas cargados con el oro. Y de presto, se puso el puente y pasó Cortés y los demás que consigo traía primero, y muchos caballos". Y estando en esto suenan las voces y silbidos de los mexicanos y decían en su lengua a los de Tlatelolco: "Salid presto con vuestras canoas, que se van los teúles y atajadlos

que no quede ninguno con vida" (Bernal, Cap. CXXVIII). Y cargaron sobre los prófugos tantos escuadrones de guerra que "no podían valerse".

En la "noche triste", como el mismo Cortés lo confesó, "que los que habían salido era milagro", quedaron tendidos en el campo esforzados soldados dignos de llorarse. Cuando Pedro de Alvarado, que mandaba la retaguardia, se unió a Cortés, "a pie, bien herido y con una lanza en la mano porque la yegua se la habían muerto", cuenta el cronista que al Conquistador se le saltaron las lágrimas, sobre todo cuando informó Alvarado que Juan de Velázquez y más de ochenta soldados habían muerto en el puente.

Al llegar a Tacuba se salieron del camino para evitar el ataque concertado de los mexicanos y ganar con más facilidad la ruta de Tlaxcala. "Y lo peor de todo, dice Bernal, es que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tlaxcala". Y comienza aquella célebre retirada de derrotados que tuvo su culmen en la inaudita batalla de Otumba. Caminaban con los tlaxcaltecas como guías, por delante, los heridos en medio y los cojos con bordones y los que no podían andar, en ancas de los caballos cojos, y los de a caballo, que no estaban heridos, adelante y a los lados. Y según avanzaban los que estaban sanos, hacían cara a los mexicanos que no cesaban de acometer y gritaban: "No quedará ninguno de vosotros con vida". Y así acosados y maltrechos y sin dejar las armas de las manos caminaron los españoles por unos cuantos días.

El día 14 de julio, cuando el ejército desembocó en el printoresco valle de Otumba, los soldados respiraron al descubrir el horizonte limpio de guerreros. La esperanza animó

a todos los corazones: Tlaxcala estaba ya cerca. Pero de pronto el gozo se trocó en terror profundo cuando tres jinetes que iban de descubierta volvieron al galope, anunciando que los campos se hallaban cubiertos de escuadrones mexicanos. Allí estaban la flor de México y de Texcoco y con ellos reunidas las milicias de Otumba, Calpulalpan y Teotihuacán. "En ninguna otra batalla dada en el Nuevo Mundo, asevera Bernal Díaz, hubo ejército con el número de guerreros que se presentaron en las llanuras de Otumba". Cortés volvió los ojos a sus desmayados hombres y los vio macilentos, pero resueltos a morir. Entonces con rostro enardecido arengó a sus soldados: "En tal estrecho nos hallamos, dijo, que sólo debemos pensar en vencer o morir. Valor, castellanos, y confiad en que quien nos ha librado hasta ahora de tantos peligros, nos preservará del que nos amenaza". (Cita en Clavijero, L. 8, p. 83). Y entablóse la batalla. La desesperación y el arrojo dieron ánimo a los españoles para continuados actos de heroísmo. El pelear duraba ya cuatro horas. Cortés miraba a sus tropas disminuídas y chorreando sangre. No era dudoso ya el resultado de la lucha: todos iban a perecer bajo las olas enfurecidas de aquel océano de guerreros. Sólo un milagro o "una circunstancia extraordinaria podía cambiar el desenlace que se presentaba a la vista de todos" (Zamacois, Tomo III, p. 459). De pronto Hernán Cortés detiene en seco su jadeante corcel. Se eleva cuanto puede sobre los estribos; aumenta la visera de su casco con la ancha y fornida mano. Sus ojos anhelantes fulguran de esperanza: había descubierto por "dónde andaba con su grande escuadrón el capitán general de los mexicanos, con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos

de argentería" (Bernal), y acordóse entonces de que había oído decir que los mexicanos se desordenaban y huían siempre que en la batalla perdían al general o el estandarte. El Caudillo español no duda más, se resuelve a dar el golpe del que pende la postrera esperanza de salvación y "dijo a Gonzalo de Sandoval y a Cristóbal de Olid y a los demás capitanes: ¡Ea, señores, rompamos por ellos y no quede ninguno de ellos sin herida". "Y encomendándose a Dios arremetió Cortés..." Y rompiendo el muro de lanzas y espadas que se le oponían y derribando cuanto encontraba a su paso, "dio un encuentro con el caballo al general mexicano, que le hizo abatir la bandera". Y entonces Juan de Salamanca, valiente soldado, desmontó rápidamente, hundió su lanza en el pecho del jefe caído y arrancando el rico penacho que coronaba el estandarte, se lo entregó a Cortés. A la vista de hecho tan portentoso cundió el pánico en las filas mexicanas, que sólo pensaron en huír y salvarse. Todo esto pasó con la rapidez de una exhalación. Una vez más el genio de Cortés había cambiado en risueña la adusta faz de la fortuna. El hombre extraordinario había encontrado el triunfo donde otro cualquiera habría creído encontrar la derrota.

El balance de "la noche triste" y de la batalla de Otumba había reducido a los españoles a menos de quinientos y éstos se encontraban sin artillería, sin municiones, enfermos, heridos y estropeados. Al llegar a los límites de Tlaxcala e ignorando cómo los recibirían sus antiguos aliados, temieron los españoles que los de la República, al verlos desbaratados, quisieran acabar con sus vidas. Lo que hubieran realizado con suma facilidad. Pero no: los tlaxcaltecas cumplieron su palabra empeñada de ser leales y fieles. "Xicoténcatl

el viejo y otros jefes felicitaron a Cortés y lo abrazaron porque había salido con vida y le alabaron el arrojo con que logró escapar a tan poderosos enemigos y lloraron no sólo por sus muertos, sino también por Juan de Velázquez que se había casado con una hija de Xicoténcatl. No cabe duda de que, en tan decisivo momento de la conquista, fueron los tlaxcaltecas quienes decidieron su curso. La táctica de Cortés de ir creando amigos por donde pasaba, su sinceridad en esas amistades, decidió en este caso todo el éxito de la empresa" (Vasconcelos, *Op. cit.*, p. 128).

Aprovechando Cortés la ayuda poderosa de sus aliados, los tlaxcaltecas, logra rehacerse, y con un esfuerzo gigante vuelve a ser el mismo de antes y vuelve a cimentar aún más su gloria inmortal y su pedestal de honor entre los grandes capitanes de la Historia.

Establece en Tepeaca un centro de organización y en el semestre subsecuente Cortés no piensa ni hace otra cosa que preparar el golpe final. Si grandes y lamentables estragos habían hecho las derrotas de la retirada de México, subsanó en parte esta dificultad con las diversas expediciones que fueron llegando; unas para incorporarse a Narváez creyéndole victorioso; otras buscando las conquistas intentadas en el Pánuco y otras de mercaderes que llevaban armas y víveres. Así habían desembarcado cerca de doscientos hombres, más de ochenta caballos y yeguas de silla, "muchas y muy buenas armas, artillería y municiones bastante". Después de tener todos los auxiliares indígenas necesarios y de construir una flotilla de bergantines para dominar los lagos, dispuso el avance que determinaría el principio del fin. Todavía la fortuna le deparó un poderoso auxiliar para la empresa: se

decía que un negro venido con Narváez había introducido en México el azote de la viruela. Pronto se declaró una epidemia que se ensañó especialmente contra los mexicanos. El mismo emperador Cuitláhuac fue víctima de la terrible peste. El inmortal Cuauhtémoc ocupó inmediatamente el trono.

Preparado todo, Cortés pasa revista a sus tropas. El contingente ascendía a 550 infantes, cuarenta caballos y nueve cañones de corto calibre. Los aliados salidos de Tlaxcala, Tepeaca, Cholula y otros pueblos pasaban de cien mil. Dictadas algunas providencias concernientes a la disciplina y buen orden, el ejército avanzó hacia México, deteniéndose en Texcoco, donde Cortés puso otra vez en el trono a su antiguo aliado el Príncipe Ixtlixóchitl.

Desde Texcoco emprendió Cortés dilatadas y peligrosas correrías alrededor de los lagos, sometiendo a nuevos pueblos y privando así de socorro a los mexicanos. Al penetrar en Xochimilco estuvo a punto de quedar prisionero, pues caballo y él vinieron al suelo. La vida se la debió al esforzado Cristóbal de Olea, quien quedó con tres cuchilladas en el cuerpo.

Reunidos ya todos los aliados y contando con lo necesario para el asedio, Cortés dio la orden de marcha hacia la conquista de la ciudad de los lagos. Mas el triunfo definitivo de "Malinche" debía demorarse setenta y cinco días de durísimo y penoso batallar. En las orillas de la ciudad formó el Conquistador su plan de ataque: tres cuerpos de ejército al mando respectivo de los tres mejores capitanes: Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval, debían avanzar por las calzadas de la Capital Azteca. Cortés se re-

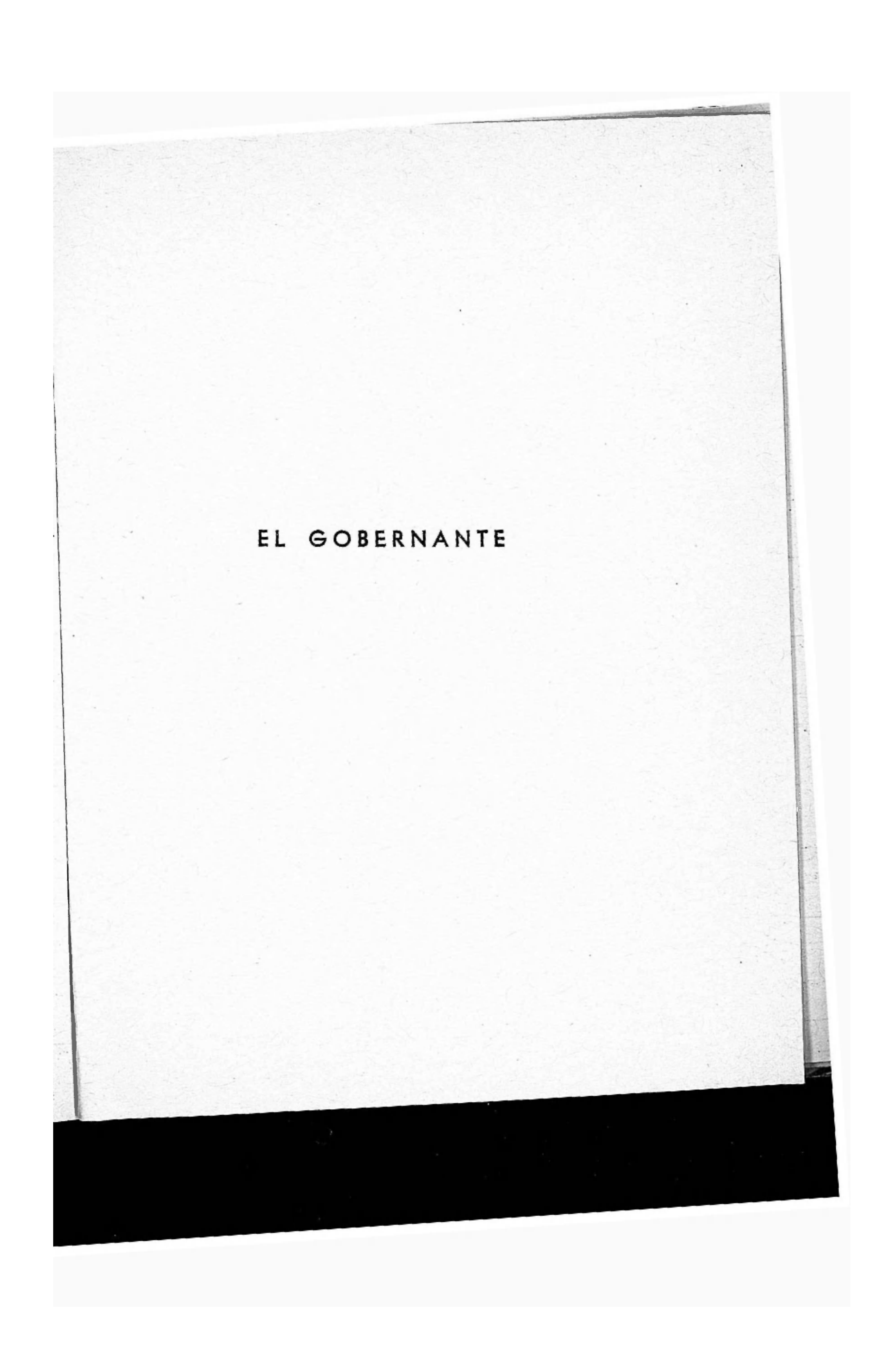
servó el mando de los bergantines, con el fin de acudir al sitio de mayor necesidad.

Los mexicanos al verse atacados por aquel inmenso contingente, requirieron auxilio de sus tributarios, pero éstos requerimientos se ahogaron en el vacío; el odio inveterado de aquellos pueblos, encauzado hábilmente por el Conquistador, era el que con mayor fuerza levantaba el grito, reclamando venganza contra sus antiguos opresores.

Pronto quedó cortado el acueducto de Chapultepec, lo que significaba que desde aquellos momentos México carecía de agua potable. Cada día se repetían los asaltos, se destruían parapetos y se diezmaban las filas de los sitiados. La muerte recorría incansable los escuadrones de los mexicanos, si bien tampoco perdonaba mucho a los españoles y a sus aliados. La altivez y el valor aztecas nunca vacilaron en el inquebrantable propósito de defender a su ciudad hasta el último momento que la vida les acompañase. Y lo hicieron con heroísmo verdadero y ejemplar. Estrechados y acosados por todas partes, reducidos ya a un solo barrio, ni aun entonces consintieron en rendirse.

La epopeya de D. Hernando se cerró con un golpe de trágico dramatismo, explotado grandemente por el arte y la poesía.

El día trece de agosto de mil quinientos veintiuno, recibe prisionero al invicto emperador Cuauhtémoc, mientras contempla desde una terraza las ruinas humeantes de la capital azteca.



EL GOBERNANTE

La Capital del reino Azteca ha caído. Cortés, cabeza y guía de los conquistadores, ha recorrido la mitad de su carrera, ha llegado al cenit de la gloria. Su cuerpo varonil de treinta y cuatro años palpita al unísono de su fogoso espíritu.

Hasta aquí hemos admirado al aventurero audaz y al conquistador genial; pero la obra de D. Hernando no termina con el vencimiento de Cuauhtémoc. Más allá, y tal vez por encima de la conquista material de un imperio, se eleva la obra espiritual de la organización de ese imperio. Cortés fue en su línea un genio completo. Si el poder de su robusto brazo había abatido el poder de todo un pueblo, la grandeza de su alma y la profundidad de su fe religiosa eran los cimientos de una raza nueva y de una nacionalidad futura. No dudemos en ver, nosotros los mexicanos, en Hernán Cortés al primer mexicanista, en el genuino sentido de la palabra, al que logró fundar una recia nacionalidad con los elementos de las dos razas sin pretender ni pensar siquiera borrar del país conquistado a las belicosas tribus vencidas. Por eso con justa razón afirma D. José Elguero en su hermoso libro *España en los destinos de México*: "Hernán Cortés, con la clara visión de su genio, comprendió que, para dar al país conquistado una organización que correspondiese a sus amplias miras y a los recursos naturales de la tierra, era ne-

cesario empezar la obra desde sus cimientos. Tratábase de fundar una nueva nacionalidad con los elementos de dos razas, la española y la indígena; no de exterminar ésta al modo que lo hicieron los ingleses en las colonias americanas" (p. 15).

Apenas acabadas las fiestas y regocijos por el triunfo obtenido contra los mexicanos, Cortés se preocupa porque la regia Tenochtitlán surja de sus ruinas, porque la bella "Mextli" vuelva a ostentar sus atavíos que tanta admiración habían despertado en los españoles. "La primera cosa que mandó Cortés a Cuatemuz que adobasen los caños de agua de Chapultepec, según y de la manera que solían estar, y que luego fuese el agua por sus caños a entrar en la ciudad de México, y que limpiasen todas las calles de los cuerpos y cabezas de muertos, que los enterrasen, para que quedasen limpias y sin hedor ninguno la ciudad, y que puentes y calzadas que las tuviesen muy bien aderezadas como de antes estaban y que los palacios y casas las hiciesen nuevamente" (Bernal Díaz del Castillo, Cap. CLVII).

Cortés y los suyos desearon, sin demoras de tiempo, contemplar nuevamente aquella hermosa capital, a la que Bernal nombra con asombro: "La gran ciudad de México", la que en sus cercanías contenía cosas tales que a los españoles se les ofrecieron como si fuesen "de encantamiento que cuentan en libro de hadas, por las grandes torres y edificios que tenían dentro del agua y todos de cal y canto, y aun algunos soldados decían que si aquello que veían era entre sueños, pues, en efecto, eran de ponderar las cosas nunca oídas, vistas ni soñadas que contemplaban". En los terribles asaltos, a Cortés le dolía el alma tener que arrasar y destruir todas

aquellas bellezas. Esto la guerra lo exigía, y por eso cuando envió a la presencia de Cuauhtémoc a tres prisioneros, mexicanos principales, para que de su parte propongan las paces, uno de los fuertes motivos que alega el Conquistador, para que el rey mexicano se rinda de paz, es el que mire que aquella gran ciudad no se acabe de destruir (Bernal, cap. CLIV).

Prisas tenía D. Hernando y quiso que al cabo de dos meses quedara terminada la reconstrucción en su parte principal, y mandó que los indios volviesen a poblar los edificios reedificados y que los españoles escogieran también un solar en la antigua Tenochtitlán; la nueva Mextli, convertida en la capital de la Nueva España, continuaría siendo la señora del valle y de la tierra, y la más bella ciudad del Anáhuac.

Y muy pronto irradió la colonización. Una coyuntura le dio pie a Cortés para establecer en diversas provincias centros de colonos españoles. "Que como Cortés vio que muchos soldados se desvergonzaban en demandarle más partes y decían que se lo tomaba todo para sí, y le pedían prestados dineros, acordó de quitar sobre sí aquel dominio y de enviar a poblar a todas las provincias que le pareció que convenía que se poblasen".

Pero si Cortés con este juego de astuto político dio de mano a una pesadilla molesta, la Nueva España pronto contó con hijos que ya le pertenecían. Tuxtepec, Coatzacoalcos, Colima, Zacatula, Michoacán, Oaxaca y, antes que ninguna, la Villa Rica de la Veracruz fueron los primeros centros de civilización española. En estos focos incipientes de cultura europea, y en todos los otros que les siguieron se hará que la tradición arraigue y que se forme una población nativa. Cortés hace que los encomenderos traigan de España a sus

mujeres o que se casen con indias del país. Con estos pasos rápidos y decisivos la patria mexicana comenzó a germinar.

A la vez que de la organización social, Cortés se ocupó, casi desde los primeros momentos, del progreso material, moral y religioso de los centros coloniales.

En una de sus *Cartas de Relación* pedía Cortés a Carlos V que "mandase a la Casa de Contratación de Sevilla que no se haga a la vela ningún buque para este país sin que traiga plantas y semillas". Y por este celo del Conquistador pronto las campiñas mexicanas fecundaron trigo, cebada, arroz, lentejas, y las huertas indígenas aumentaron su producción con manzanos y naranjos y otra multitud de árboles frutales, y las rosas y los lirios prestaron su belleza a los vergeles. Pero Cortés no sólo aplicó sus cuidados al mejoramiento de la agricultura, que es en todos los países fuente sana de riqueza, sino que fue el iniciador de la industria de la seda y uno de los primeros que estableció un ingenio azucarero en Cuernavaca en 1525.

"Para mantener las comunicaciones, Cortés atendió al establecimiento de un servicio de mesones de Veracruz a México. Y el gran hombre, comenta Alamán, que "había concebido y ejecutado el plan grandioso de la conquista de México, se ocupó con diligencia en mirar que los cerdos y las gallinas no molestasen a los caballos en las caballerizas de las posadas y que las pesebreras fuesen limpias y espaciosas'." Con razón Prescott admite que por grande que sea el brillo de las hazañas militares de Cortés, no basta a dar idea completa de su espíritu ilustrado y de la capacidad y facilidad de su ingenio.

"Cerdos, gallinas, ganado vacuno, todo hubo que traer de España y todo lo previó, lo dirigió Cortés, con una mesura, una prudencia que ya quisiera tanto mandón iletrado como después hemos padecido. Pues con razón observa Alamán que nunca Cortés ordenó de 'por sí' ni por 'la autoridad de que estoy investido' a lo militar, sino que en todos sus mandos y ordenanzas advierte que obra por él y por 'los muy nobles señores justicias e regidores de esta ciudad de Tenochtitlán' con lo que da ejemplo de respeto a la autoridad civil" (Vasconcelos, *Breve Historia de México,* p. 152).

Pero nadie mejor que Cortés adivinó la obra civilizadora de las misiones, porque no se le pasaba que todo lo material era insuficiente para mantener en paz a pueblos tan poderosos. La Religión Santa de Jesucristo, al paso que enseña al hombre el valor verdadero de su espíritu, le mantiene en los límites de la justicia que es fuente de toda prosperidad auténtica.

El Emperador Carlos V a instancias de Cortés, se apresuró a enviarle una remesa de misioneros que para mayo de 1524 pisaban playas mexicanas. Eran doce humildes frailes franciscanos "de muy santa vida", de cuyo guardián y Vicario, Fray Martín de Valencia, había fama "que hacía milagros" (Bernal Díaz del Castillo, cap. CLXXI). Así, pues, Cortés vino con el misionero y pronto hizo venir a otros muchos. Desde los albores de la conquista se esforzó por suprimir la antropofagia y sacrificios humanos, por todos los sitios donde pasaba. Realizada la obra magna asoció al misionero a la obra constructiva de la nueva nacionalidad. Y el misionero se presentó a aquellos crueles servidores del de-

monio, que no era otro el sanguinario Huichilobos, y dijo: "Nos manda Dios desde lejanas tierras, no a buscar oro ni plata, ni bienes temporales, sino vuestra salvación. Por lo tanto conviene que pongáis a vuestros hijos en nuestras manos. Ellos, como niños entenderán fácilmente la doctrina que nosotros predicamos. En seguida ellos nos ayudarán a enseñaros a vosotros" (Cit. en Vasconcelos, p. 157). Y Cortés se admiró del celo con que aquellos hombres de Dios dieron principio a la predicación del Evangelio, la que ya no por ley de hombres, sino por ley divina reprimiría a los indígenas en sus prácticas y costumbres bárbaras. En todas las expediciones que se siguieron nunca descuidó Cortés el juntar al misionero con el jefe militar, y la primera recomendación que a ambos hacía era que desterraran los sacrificios humanos y las sodomías. Es que comprendía, sin equivocarse, que detrás de la verdadera religión no puede menos de florecer la paz y la verdadera cultura. Es de notarse una medida sagaz del Conquistador, de grandísima resonancia para el éxito en los trabajos del misionero. Si éste se presentaba con su aspecto humilde y hábito pobre iba a granjearse muy poca autoridad, aunque ésta viniera después creada por la santidad de su vida y de su doctrina. Pero a los principios ¿qué sabían los naturales de estas cosas? Cortés comprendió la dificultad y quiso superarla con ánimo generoso y esforzado, no sólo con despacho de órdenes y mandatos, sino con la contribución de su misma persona. Y, así, apenas se enteró de la llegada a Veracruz de los misioneros y de que pronto aquellos doce hombres extenuados y de hábitos raídos iban a emprender el camino a México, el gran Cortés dispuso, como afirma Pereyra, que aquel camino tuviera

más parecido con el avance de un ejército conquistador (T. III, p. 198). La relación íntegra y sabrosa de un testigo presencial dice así: "Mandó (Cortés) en todos los pueblos ansí de indios como donde vivían españoles que por donde viniesen (los misioneros) les barriesen los caminos, y donde pasasen les hiciesen ranchos si fuesen en el campo; en poblado cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, que les saliesen a recibir y les repicasen las campanas, y que todos comúnmente, después de les haber recibido, les hiciesen mucho acato, y que los naturales llevasen candelas de ceras encendidas y con las cruces que hubiese, y por más humildad y porque los indios lo viesen para que tomasen ejemplo, mandó a los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés mucho refresco y les escribió muy amorosamente: y viniendo por su camino ya que llegaban cerca de México, el mismo Cortés, acompañado de Fray Bartolomé de Olmedo y de nuestros valerosos capitanes y esforzados soldados, los salimos a recibir, y juntamente fueron como nosotros Guatemuz, el señor de México, con todos los más principales mexicanos y otros muchos caciques de otras ciudades. Y cuando Cortés supo que llegaban cerca, se apeó del caballo; y todos nosotros juntamente con él, e ya que nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante del Fray Martín de Valencia y le fue a besar las manos, fue Cortés, y no lo consintió, y le besó los hábitos, e el Padre Fray Bartolomé les abrazó y saludó muy tiernamente, y les besamos el hábito arrodillados todos los capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de México; y de que el Guatemuz y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besar

las manos, espantáronse en gran manera y como vieron ir a los Frailes descalzos y flacos y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino a pie, y muy amarillos y ver a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa como sus dioses, ansí arrodillado delante dellos, dende entonces tomaron ejemplo todos los indios que cuando agora vienen religiosos, les hacen aquellos recibimientos y acatos, según y de la manera que dicho tengo: y más digo, que cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba que siempre tenía la gorra en la mano quitada, y en todo les tenía grande acato" (Bernal Díaz del C., cap. ... CLXXI).

Respecto a hecho de tanta trascendencia así expresa su sentir el ya citado Elguero: "El fundador de la nueva nacionalidad sabía lo que hacía y quiso dar un ejemplo solemne que perdurase en la memoria de los naturales y llegase hasta el fondo de sus conciencias" (p. 17).

Y en lo más hondo de sus conciencias quedó grabado este modo de obrar del Conquistador: hasta nuestros días perdura su resonancia sobre todo en hombres de clase humilde, pues no ha muchos años se podía ver no sólo dejar el lado de dignidad en las calles al sacerdote, mas descubiertos y una rodilla en tierra, pedir la mano de él para besarla. Y aunque ya no se mira esto por ser un delito que merece pena a los ojos de los que gobiernan, con todo, el amor y reverencia permanece en sus corazones y cuando encuentran ocasión lo muestran muy vivo.

Con estas medidas y con extraordinario acierto "todo lo fue organizando Cortés en una forma que nadie ha superado más tarde, ni fue modificada, en lo esencial, durante siglos" (Vasconcelos, *op. cit.*, p. 148).

Resalta en Cortés, como gobernante, el don que podíamos llamar de hacerse de amigos y de ablandar enemigos. Como ya queda dicho en la primera parte, el ascendiente de Cortés respecto de los que le seguían era inmenso y arrollador. De todos los capitanes que él se escogió con su mirar profundo, uno tan sólo le hizo traición.

Cortés se encuentra ya en la Capital, gobernando activamente el reino conquistado; sus esforzados oficiales han partido ya a poblar, ya a realizar nuevas conquistas. En el hecho que sigue se va a retratar como hombre habilísimo para ganarse amigos. Se le informa que el Lic. Alonso Zuazo, que por ruegos de Garay había venido a México para servirle de mediador con Cortés, acaba de tocar costas mexicanas. Mas tal mediación a estas fechas resulta inútil, ya que Garay, estando en busca de amistad con Cortés, había pasado a mejor vida.

Las buenas prendas del abogado no eran desconocidas para el Conquistador: descubrió en él a un hombre provechoso para la Colonia y procuró ganárselo a toda costa. Por medio de atento recado le hizo sabedor "cómo se holgara mucho con su venida", y mandó que "aportando allí al puerto que le diesen todo lo que hobiese menester, e que le enviasen a México". Y estando el licenciado Zuazo muy cerca de México, "Cortés le mandó salir a rescebir y le llevó a sus palacios y se regocijó con él, e le hizo su alcalde mayor; y en esto paró el viaje del licenciado Alonzo de Zuazo" (Bernal, CLXIII). Tal fue la táctica que resplandeció en D. Hernando para ganarse la amistad de los hombres.

Pero aún más resplandece en él la habilidad para deshacerse de sus enemigos y ablandarlos. Ejemplo patente lo encontramos en lo que ocurrió con Cristóbal de Tapia.

Al saber Cortés que Tapia llegaba a la Nueva España con poderes para asumir el gobierno de toda ella, conociendo el amor sin envidias que le profesaban sus generales, les confió la legación con que pensaba deshacerse de Tapia, y esto sin decirles cómo lo habían de llevar a cabo. Ya con Tapia estos generales, simularon acatar rendidos la voluntad de su Majestad, pusieron en señal de reverencia los documentos sobre sus cabezas. Mas cuando ya se llegó a las obras, alegaron los capitanes que de éstas órdenes su Majestad "no era sabidor, ni de cosa ninguna, e que el Cristóbal de Tapia no era suficiente para ser Gobernador". Ante esta inesperada respuesta Tapia no tuvo más que retroceder a pesar de traer tantos poderes y si de hecho hubiera llegado al gobierno ¿qué hubiera sido de la colonia naciente que necesitaba de todo un Cortés?

Pero Cortés no sólo se deshacía de enemigos por medio de amigos fieles, como sucederá también con Cristóbal de Olid, sino que de propia cosecha, usando con fino tacto de una amabilidad insinuante y atractiva, sabía trocar a los enemigos en buenos amigos. Tal sucedió con el Capitán Narváez, quien después de su derrota estuvo prisionero en Veracruz hasta tanto que Cortés daba cabo a la conquista. Apenas concluída ésta, le hizo conducir Cortés a México. "Y como Cortés supo que venía, le mandó hacer mucha honra". Y cuando el conquistador de Santo Domingo se encontró nuevamente con el Conquistador de México, se arrodilló y quiso besarle las manos; "y Cortés no lo consintió, y le

hizo levantar, y le abrazó, y le mostró mucho amor y le mandó sentar cabe sí" (Bernal, cap. CLVIII).

Ante semejante tratamiento magnánimo no solamente cayó por tierra todo el rencor antiguo: en el ánimo de Narváez sólo brotaba la admiración, el reconocimiento y el amor.

Y a Alonso de Avila, esclarecido capitán que en los principios no podía entenderse con Cortés, éste logró aficionárselo de tal modo, que Avila consintió en ser su procurador ante la Corte de España.

Causa admiración finalmente el ver cómo, de modo paulatino, volvió del revés las iras del que fuera adelantado D. Francisco Garay, al extremo de que éste, en pláticas confidenciales con Narváez, se deshiciera en alabanzas para con Cortés. Y cuatro días después de llegado a México concertó un matrimonio de un hijo suyo con una hija de D. Hernando.

A Cortés como gobernante se le imputan algunos crímenes y de ellos conviene hablar ahora. No es necesario que nos ocupemos de las acusaciones que acerca de ciertas muertes le hacen sus enemigos y calumniadores, supuesto que tales acusaciones resultaron falsas. Mencionaremos tan sólo y juzgaremos dos hechos en íntima conexión con Cuauhtémoc: su tormento y su muerte.

De antemano respaldamos nuestro modo de pensar con el fallo que dio a estos acontecimientos el autor de la *Historia verdadera de los sucesos de la Conquista de la Nueva España,* es decir, el fallo de un historiador que tenía por lema: "La verdad es cosa bendita y sagrada, y todo lo que contra ella dijeren va maldito".

Una vez ganada la riquísima Tenochtitlán, en la que los soldados de Cortés cuando entraron de paz habían admi-

rado tanto oro, todo el mundo estaba ansioso de que se repartiera el botín. Cada soldado se soñaba ya dueño de riquezas sin cuenta. Mas ¡cuán pronto vino la desilusión! Ni a cien pesos llegó la cantidad que cupo en suerte a cada conquistador. Se siguieron inmediatamente las murmuraciones. Corría la versión de que los fabulosos tesoros del imperio azteca, en los últimos días de lucha desesperada, habían sido arrojados a las aguas del lago. Pero esto no iba a tranquilizar a aquellos soldadotes que ciertamente no eran muy desprendidos ni habían hecho profesión de pobreza. "Los oficiales del Rey, cuenta Bernal, decían y publicaban que Guatemuz lo tenía escondido (el oro), y Cortés holgaba dello de que no lo diese, por habello él todo para sí, y por estas causas acordaron de dar tormento a Guatemuz y al señor de Tacuba que era su primo y gran privado. Y ciertamente le pesó mucho a Cortés, porque a un señor como Guatemuz, rey de tal tierra, que es tres veces más que Castilla, le atormentasen por codicia de oro" (Cap. CLVII). De tales palabras se desprende esta conclusión: que la codicia llevó al crimen. Mas observamos que el Conquistador reprueba la medida y que a él, personalmente, le "pesó mucho". Ciertamente no se puede lavar Cortés de alguna culpabilidad: en su mano estaba proceder con energía y callar la boca de los alborotadores, como en efecto lo hizo pocos días después; pero los motines espantan y no olvidaba Cortés que de aquellos hombres había recibido próximamente el mando supremo. La maldad, pues, que pueda contener este hecho, queda aminorada por las circunstancias.

Por lo que mira al sacrificio de Cuauhtémoc confesamos ya desde el dintel, que "es la mancha mayor sobre la fama

de Hernán Cortés" (Vasconcelos), y que si tiene alguna excusa sólo puede encontrarse en el miedo. El ánimo de Cortés se exaltó por una simple hablilla que trataba de sublevación. Y la mejor defensa de Cuauhtémoc estuvo en su confesión llana y sincera, en la que afirmó "que nunca tuvo pensamiento de salir con ello" (con la conjuración).

Y Cortés se precipitó, porque, como dice un autor: "únicamente el miedo lleva, lo mismo al guerrero que al criminal común, a la triste condición de suicida". "Y sin haber más probanzas Cortés mandó ahorcar al Guatemuz y al señor de Tacuba". "Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente dada y parecía mal a todos los que íbamos aquella jornada". Ante estas palabras de Bernal Díaz no es posible justificar a Cortés. Tampoco queremos pensar que cometió un vil asesinato, ya que las durísimas circunstancias por las que pasaba habrían podido favorecer grandemente el propósito de Cuauhtémoc, si en realidad éste lo llevara a efecto, pero semejante atenuante no salva al Conquistador de manifiesta injusticia. No sin razón, pasada la muerte de Cuauhtémoc, anduvo Cortés atormentado de fuertes remordimientos: en sus oídos resonaban lúgubres como un gemido y fuertes como una reconvención las frases postreras del "Aguila Azteca": "¿Por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande..."

Al considerar en D. Hernando el aspecto de Gobernante nos encontramos en su carácter con una nota que lo deslustra un poco y cuyas consecuencias él mismo tuvo que lamentar muy amargamente. Esta nota es la ingratitud para con muchos de aquellos que tan fieles le habían sido en la obra de la Conquista.

Al partirse a la expedición de las "Hibueras" dejó como gobernantes en su lugar al tesorero Alonso de Estrada y al contador Albornoz. Mas importunado en el camino por las instancias de Salazar y Chirino, hombres que, no digo sangre, pero ni siquiera sudor habían gastado en la penosa obra de la Conquista, Cortés trasladó a ellos el mando de la Nueva España, apartándose así del agradecimiento para con sus más antiguos compañeros.

Mas cuando aquellos hombres fueron dueños de la colonia incipiente, cometieron tales excesos y desafueros que cuando llegaron a los oídos de Cortés reconoció arrepentido su error y "tomó tanta tristeza que luego se metió a su aposento y comenzó a sollozar y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana". Y Gómara dice que Cortés prorrumpió en esta exclamación: "Al ruín ponelle en mando, y veréis quién es. Yo me lo merezco que hice honrar a desconocidos y no a los míos, que me siguieron toda mi vida" (Cap. CLXXV).

De igual manera procedió al repartir las tierras de la Nueva España, en la cual repartición el mismo Bernal Díaz tuvo que experimentar la ingratitud de su Capitán Cortés. Con ingenuidad y sencillez nos narra el hecho, y aun propone un plan de repartimientos que a él le parecía bueno. "Bueno fuera, dice, que tuviera cuenta con Pedro y Sancho y Martín y otros que lo merecían: ...y otros que estaban pobres y no les cupo suerte de buenos indios, pues que había bien que dalles y sacalles de mala tierra... Y no daba Cortés nada de su hacienda". Y más adelante, siendo Marqués del Valle, reconoció su yerro pero no lo enmendó, como pudiera conforme a sus fuerzas y riquezas. "Ibamos a Cortés, refiere

Bernal, a decille algunos capitanes y caballeros de los antiguos, que le ayudamos en las conquistas, que nos diese de los indios de los muchos que en aquel instante tenía... Y la respuesta era, que se sufriesen como él se sufría..." (Cap. CLXXIX).

A pesar de tales ingratitudes sus soldados no olvidaban nunca toda la grandeza de alma que había revelado su jefe en los actos de la Conquista y hasta su muerte lo amaron, respetaron y temieron.

Mas su corazón de vasallo siempre permaneció entero para con su Rey. Le mandó regalos verdaderamente regios; le informó detalladamente de todos los acontecimientos de la Conquista. Pero su lealtad de perfecto caballero se manifestó sobre todo, cuando destituído del gobierno de la tierra que había conquistado, y cuando estando ya acusado ante la Corte de España, algunos hombres le sugirieron la idea de que se alzara con el poder como rey en la Nueva España; él con todo rechazó con enojo semejantes traidoras proposiciones, no obstante que mucho le favorecían las circunstancias. Así que el resultado de tales propuestas fue que "Cortés echó presos a dos hombres de los que le vinieron con aquellas pláticas y les trató mal, llamándoles traidores, y estuvo para los ahorcar..." "Y como Cortés en todo era servidor de su Majestad, con amenazas dijo a los que le venían con aquellos tratos que no le viniesen más delante dél con aquellas parlerías de traiciones..." (Bernal, Cap. CXCIV).

El dicho popular de que "genio y figura hasta la sepultura" tuvo autorizada comprobación en Cortés. La vida de aventura, las grandes y gloriosas hazañas nunca dejaron en

paz a su natural inquieto y emprendedor. Cortés nunca dejó de ser Cortés, y como apunta Pereyra, había nacido para crear imperios.

Después de la conquista del Imperio Mexicano, y de haber atendido con suma actividad a su reorganización, puso Cortés los ojos sobre todo en la zona del Pacífico. Hacia allá encaminó dos armadas al mando de dos grandes capitanes. A Pedro de Alvarado le encargó la conquista de Guatemala y a Cristóbal de Olid la de Honduras (Hibueras). Esta última, sobre todo, como lo refirió en carta a su Majestad, le resultó muy dispendiosa. Cuál no sería el duro golpe que recibió al tener noticia de la ingratitud y felonía de Olid; al llegar a las Hibueras este capitán hizo armas en favor de Diego Velázquez y se alzó con todo lo que recibiera de Cortés. Por un tiempo el Conquistador anduvo pensativo. Después envió a castigar a Olid por medio de un caballero recién venido de Castilla, que era muy esforzado y de sus confianzas, Francisco de las Casas. Mas no se contentó con lo hecho: él personalmente emprendió una expedición punitiva a las Hibueras. Deseaba moverse, deseaba explorar personalmente el mar del Sur. Esta ida a las Hibueras, aunque fracasó en su fin, ya que Cortés encontró muerto a Olid, con todo resulta celebérrima por todos sus adjuntos y peripecias, salvo la tristísima de la muerte de Cuauhtémoc. En opinión de un autor la expedición a Honduras es de las más largas y difíciles que se hayan realizado. Fue una jornada de quinientas leguas a través de innumerables montañas, ríos caudalosos, ciénegas profundas, páramos horribles, en los que sufrieron ardentísimos calores, hambres extremas y todo género de tra-

bajos. Mas el carácter férreo de Cortés se sobrepuso a tan inauditas dificultades y nada le hizo retroceder en su camino.

Siendo Marqués del Valle preparó y lanzó a nuevos descubrimientos varias expediciones, y aunque ya las primeras no fueron halagüeñas no por eso se desalentó. Pronto invitó a sus amigos para emprender otra dirigida por él mismo, la que tuvo por resultado el descubrimiento del golfo que separa el continente de la península de California y que tomó con justicia el nombre de Mar de Cortés. Pero en tales empresas la estrella del Gran Cortés ocultó sus antiguos destellos, "y si miramos en ello, como dice el ingenuo Bernal Díaz, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganó la Nueva España y dicen que son maldiciones que le echaron".

Y en otra parte: "En la California ni ida de las Hibueras tuvo ventura, ni en otras cosas desde que acabó de conquistar a la tierra, quizás para que las tuviese en el cielo, e yo lo creo ansí, porque era buen caballero y muy devoto de la Virgen y del apóstol San Pedro, y de otros Santos. Dios le perdone sus pecados y a mí también y me dé buen acatamiento, que importa más que las conquistas y victorias que tuvimos de los indios". Esta consideración cristiana y casi candorosa de un gran soldado, nos da ya pie para pasar a tratar del Cortés Cristiano; pero como allí apenas si haremos mención de su cristiana muerte, completemos esta parte contando lo que en ella ocurrió.

Se encontraba en la Corte contrariado por los que antes le favorecieran; allí estaba sin facultades para volver a la Nueva España, a la que amaba como a patria, cuando vio llegado el fin de sus días. La narración de momentos tan so-

lemnes conviene que se la pidamos a la imponderable pluma de Bernal. "Y andando, dice (Cortés) con su dolencia, que siempre empeoraba, acordó salir de Sevilla para quitarse de muchas personas que le importunaban en los negocios y se fue a Castilleja de la Cuesta para allí entender en su alma y ordenar su testamento. Y cuando lo hubo ordenado como convenía, y haber recibido los santos sacramentos, fue Nuestro Señor Jesu-Christo servido de llevarle de este trabajoso mundo, y murió en dos días del mes de Diciembre de mil quinientos cuarenta y siete años y llevóse su cuerpo a enterrar con grande pompa y muchos lutos y clerecía, y grande sentimiento de muchos caballeros, y fue enterrado en la capilla de los duques de Medinasidonia; y después fueron traídos sus huesos a la Nueva España... Quiero decir la edad que tenía, a lo que a mí se me acuerda, lo declararé por esta cuenta que diré. En el año que pasamos con Cortés dende Cuba a la Nueva España fue el de quinientos y diez y nueve años, y entonces solía decir estando en conversación de todos nosotros los compañeros que con él pasamos, que había treinta y cuatro años, y veintiocho que había pasado hasta que murió, que son sesenta y dos años".

EL CRISTIANO

Todos los acontecimientos humanos se desenvuelven a la vista de Dios, y ni siquiera la brisa tiene poder sobre la hoja del árbol sin el querer de la Voluntad divina.

Al remirar de conjunto el cuadro colosal de la conquista de México, el ánimo se conmueve de admiración ante hazaña semejante que casi parece tocar los límites de lo legendario y fabuloso. La efigie de Hernán Cortés se nos ofrece única. Pero si acaso medimos con mirada sobrenatural los trazos de este cuadro descubriremos necesariamente una acción supraterrena, la de la Providencia que, apiadándose de la miseria moral de los reinos indígenas del Anáhuac, determinó alumbrar la oscuridad terrible de su paganismo.

Muy arriba, pues, de las proezas de Cortés está la mano de Dios providente que rige con suavidad y firmeza los destinos de la humanidad.

En las obras humanas, grandes o pequeñas, podemos distinguir la obra de Dios y la obra del hombre, entendiendo por obra la cooperación que éste pone a la obra de Dios.

La acción divina se vale de la acción del hombre utilizándola para sus fines altísimos; mas es indudable que si el Señor respeta la libertad humana, no lo es menos que esa acción divina obra con tanta mayor eficacia cuanto el hombre es instrumento más idóneo y apto.

En la obra máxima de la Conquista descubrimos la parte que corresponde a Dios: sus fines providenciales. Pero a la vez descubrimos la parte del hombre. Y si Cortés fue el ser elegido por la Providencia para que al mismo tiempo que dominaba a un imperio terminara con una religión idólatra y sangrienta, decimos que el mismo Cortés respondió a su ardua misión. Todo su genio, todo su esfuerzo y valentía los puso este hombre extraordinario al servicio de la causa emprendida.

Si ahondamos, con todo, en los adentros del alma de Don Hernando nos convenceremos muy presto de que su fe religiosa y profundamente cristiana le acompañaron a todas partes y de que esta fe lo salvó en las horas más desesperadas de su azarosa vida.

Su cristiano corazón llegará a confesar a los cuatro vientos que la Conquista no fue obra suya, sino del poder y de la misericordia de Dios.

Entremos, pues, ya en la investigación de esta faz de la vida de Don Hernando. Es la más trascendental y la última que nos propusimos tratar en nuestro estudio.

Al principio de su gigantesca empresa, cuando se arrancó de las costas de Cuba para correr al Nuevo Mundo, lo encontramos ya con un ideal cristiano bordado en oro sobre sus banderas: "Hermanos y compañeros, sigamos la señal de la Santa Cruz, con fe verdadera, que con ella venceremos" (Cita en Bernal). Los acentos de este cristiano grito no sólo le ganaron valientes hidalgos en la isla, sino que también le atrajeron abundantemente la ayuda de Dios.

Luego, al desembarcar el Conquistador en Cozumel, comenzó la lucha del Cristianismo contra la idolatría, lucha y gue-

rra santa que se continuará por todos los pasos de la conquista. Tal lucha se inició con la destrucción de los ídolos, en lugar de los cuales mandó levantar Cortés "un altar muy limpio donde pusimos la imagen de Nuestra Señora; y mandó a dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yáñez y Alvaro López, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban, la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar; y dijo misa el Padre que se decía Juan Díaz" (Bernal, C. XXVII). De esta manera, apenas desembarcó Cortés en la nueva tierra hizo que tomaran posesión de ella el signo de Nuestra Redención y la Reina de los cielos, y que aquellos naturales contemplaran por vez primera elevarse a los cielos la Hostia Inmaculada.

En Tabasco obra casi de idéntica manera y lo seguirá haciendo en las poblaciones principales donde detiene su paso. Después de que en Tabasco hubo sojuzgado a los indios, se presentaron a la tienda de Don Hernando los caciques para ofrecerle dones de la tierra. Pero no fue nada el regalo material "en comparación, dice Bernal Díaz, de veinte mujeres y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo Doña Marina, que ansí se llamó después de vuelta Cristiana". Al hacer mención de este original obsequio emitiremos nuestro juicio acerca de él y acerca de otros que se le parecieron. Y decimos que si Cortés recibió a estas mujeres y las repartió entre su gente, era con las miras de enlazar a las dos razas, echando los cimientos de una futura nacionalidad y no creemos justo el reproche que le hacen de que con tal manera de procêder daba motivo a concubinatos pasajeros, pues ante todo hacía instruir a estas indias en la religión y las hacía

bautizar. Tal instrucción y bautizo las convertía en hijas de la verdadera Iglesia, con toda la dignidad que esto supone. Una prueba, además, de que la distribución de las doncellas indias se haría con legalidad es que nada dice el cronista Bernal sobre que el religioso hubiera "gruñido", como él dice graciosamente, por tales repartimientos.

Omitiendo, por brevedad, los actos religiosos celebrados por Cortés en la Villa Rica de la Veracruz, pasamos a ocuparnos de lo acaecido en Cempoala. En esta hermosa ciudad, cuyas casas encaladas y bruñidas brillaban al sol como si fueran de plata, va a realizar el Conquistador, desde el punto de vista religioso, un acto sublime por su significación y por su resonancia. Un acto en el que antepuso al éxito de la Conquista la honra del Dios Verdadero. En Cempoala Cortés se elevó a la altura de los grandes Cruzados, de un Godofredo, de un San Luis de Francia.

Como queda dicho en la segunda parte, Cortés se decidió a pasar a la capital de los totonacas, primero porque había sido convidado por el mismo cacique, y segundo porque deseaba en gran manera ganarse favorecedores para su empresa. Los indios de Cempoala, con el célebre cacique "Gordo" a la cabeza, hicieron fiesta a los españoles, y al paso que le presentaban al Jefe blanco pingües regalos, se querellaban con él de las vejaciones y despotismo de Moctezuma. Cortés prometió socorrerlos, pero con una sola condición: que abandonaran aquellos malditos ídolos que los traían engañados, "y que también habían de ser limpios de sodomías. . ." Cortés no podía tolerar más abominaciones e idolatría. Y el cristiano sincero, antes de romper más armas por su propia causa, quiso romperlas todas si era menester por la causa de

Dios. "Entonces, cuenta Bernal Díaz, nos habló Cortés sobre ello (que los totonacas se rehusaban a abandonar sus ídolos) y nos trajo a la memoria unas buenas y muy santas doctrinas, y que cómo podíamos hacer ninguna cosa buena si no volvíamos por la honra de Dios y en quitar los sacrificios que habían de los ídolos, y que estuviésemos muy apercibidos para pelear si nos viniesen a defender que no se los derrocásemos y que aunque nos costase las vidas aquel día habían de venir al suelo". Y de los dichos se pasó a los hechos. Cincuenta decididos españoles treparon por las gradas del alto cú o adoratorio. En vano se alborotaron los caciques y lloraron los sacerdotes de los ídolos. Pronto viniern rodando aquellas figuras monstruosas, las que ya en el suelo fueron pronto despedazadas y quemadas. Algunos guerreros intentaron flechar a los soldados de Cortés, pero éste se apoderó al punto del Cacique principal y de otros nobles, con lo que se evitó un conflicto. Toda la amistad pasada entre Cortés y los de Cempoala estuvo en este momento por venir a tierra con ruidosa guerra; en la que los españoles, ciertamente, hubieran salido poco bien librados. Pero Cortés se había atraído la ayuda invencible de Dios. El triunfo fue completo: a los ídolos los reemplazó luego una Cruz y una imagen de Nuestra Señora. Después una misa acabó de purificar el ambiente. Creemos que Vasconcelos en su *Breve Historia de México* mide con tino y justicia toda la sublime significación del hecho religioso de Cempoala. He aquí su pensamiento, casi íntegro: "Pocos episodios hay en la historia universal más sublimes. En aquel momento, Cortés se jugó el éxito todo de su empresa para ser consecuente consigo mismo, leal a su convicción profunda que le dijo: ¿Cómo puede venir nada

bueno si no volvemos por la honra de Dios, es decir, si no cumplimos en seguida con nuestro deber de cristianos y de civilizadores? Y el que ya andaba de Quijote desagraviando los abusos de Moctezuma, cuando ni siquiera sabía si podía defenderse a sí mismo, subió a la categoría de reformador y ganó para el espíritu la más importante de las batallas. Allí mismo quedó derrotado Huichilobos... y vengado el agravio hecho a la humanidad con aquellos sacrificios.

"En el caso de Cempoala se pone de manifiesto la superioridad de Cortés sobre los otros grandes generales de la historia. Donde Cortés se jugó su destino a la sola carta de la moral elevada, sus predecesores habrían obrado más o menos como sigue: Alejandro habría dicho a los indios: habéis de adorarme a mí, junto con vuestros ídolos viejos. César se habría alzado de hombros ante los sacrificios humanos, y tal vez habría pensado: mejor, así acabarán pronto unos con otros los de esta casta despreciable. Bonaparte se hubiera puesto el manto de los sacerdotes aztecas, como se puso el de los califas de Mahoma. Sólo Cortés salió a pelear por los fueros del espíritu, con riesgo de la finalidad práctica de su empresa" (p. 71).

El éxito alcanzado en Cempoala parece haber creado en Cortés una feliz obsesión: la de destruir ídolos. En su marcha hacia México, por su modo de obrar y de hablar demostró el Conquistador que "se había entablado una lucha de religiones, de culturas; de un lado la barbarie más cruel de que tiene noticia la historia; del lado de los españoles la religión más sublime que conoce el hombre, la civilización más importante de la época. El espíritu estaba pendiente del desenlace. Cortés se empeñaba en romper ídolos, creándose, como

se lo advertían los mismos frailes, una situación riesgosa; la prudencia aconsejaba aplazar la lucha contra la idolatría, pero el héroe auténtico no suele detenerse cuando se trata de los principios; para Cortés todo el objetivo superior de la guerra era sustituir los ídolos por la Cruz" (Vasconcelos, *op. cit.*, p. 94). Cortés, al despedirse de las costas de Cuba, lleva en el pecho muy hondas ambiciones de gloria y poderío; mas obras son amores, y en ocasiones decisivas manifestó abierta y denodadamente que a su provecho y honra anteponía, como cristiano, la honra y el provecho de Dios.

Cuatro días habían admirado ya los españoles la Gran Ciudad de México, desde que entraron de paz. Su situación como sabemos era crítica y quebradiza. Cortés con los suyos se dispone a hacer una visita al mercado principal, en cuyo centro, dominándolo todo, se eleva el gran Teocalli con sus ciento catorce gradas. Moctezuma resuelve hallarse presente a esta visita, no fuesen los españoles a hacer desacato a sus dioses. Cuando Cortés llegó a caballo delante del gran adoratorio, el Rey de los mexicanos estaba sacrificando. Invitado por Moctezuma asciende Cortés hasta la cúspide del gran cú. Asido de la mano del Emperador contempla toda la hermosura y extensión del valle. Mas advirtiendo después en las crueldades y torpezas que allí en el maldito templo se cometían, volvióse al Padre Olmedo para decirle que sería bueno pedir licencia a Moctezuma para hacer allí una iglesia. Admirado el buen religioso por semejante audacia le desaconsejó hacerlo por entonces. Pero Cortés no podía sufrir aquellas idolatrías y que su Dios fuese ofendido y por más tiempo desconocido. Y así, dijo a Moctezuma con el intérprete, como riendo: "No sé cómo tan gran y sabio varón co-

mo vuestra Majestad, no comprende que estos no son dioses sino cosas malas que se llaman diablos, y para que vuestra Majestad lo conozca y todos sus papas lo vean, hacedme la merced de poner en lo alto de esta torre una Cruz y en otro apartado de estos adoratorios pondremos una imagen de Nuestra Señora y veréis el temor que a ellos tienen estos ídolos que os tienen engañados." Cortés recibió un desaire amenazador; mas no se intimidó. Sólo esperó mejor oportunidad.

Pero si Moctezuma se resistió a permitir la creación oficial de un adoratorio cristiano, Cortés, por su cuenta, arregló una capillita en el palacio que le habían cedido para morada, en donde oían misa y comulgaban y oraban los conquistadores, siguiendo el ejemplo de su cabeza y guía.

Refiere Bernal Díaz que Hernán Cortés gustaba de que lo llamaran con el nombre solo de "Cortés", aun después de que sus méritos le trajeron el título de Grande de España. Sin duda porque como simple Cortés había realizado una de las mayores hazañas de la historia.

Mas el cristianismo del Conquistador, como genuino que era, reconoció humildemente a quién se le debía atribuir la parte principal en la conquista. Hablamos en otro lugar cómo Cortés supo ganarse la amistad y el afecto de Narváez. Pues bien, cuando Narváez, que tenía fama de buen capitán, admiró con ojos propios toda la magnitud de la obra llevada a cabo por Cortés, prorrumpió en estas frases: "Señor Capitán: ahora le digo la verdad; que la cosa que menos hizo vuestra merced y sus valerosos soldados en esta Nueva España fue desbaratarme y prenderme a mí, aunque trujera mayor poder del que truje, pues he visto tantas ciudades y tie-

rras que ha domado e subjetado a servicio de Dios y de nuestro emperador, y puédese vuestra merced alabar y tener en tanta estima, que yo ansí lo digo y lo dirán todos los capitanes muy nombrados que el día de hoy son vivos, que en el Universo se puede anteponer a los muy afamados e ilustres varones que ha habido, y otra tan fuerte y mayor ciudad como esta de México, no la hay, y es digno que vuestra merced y sus soldados Su Majestad les haga muy crecidas mercedes. El le dijo otras muchas alabanzas que son de decir. Y Cortés le respondió que nosotros no éramos bastante para hacer lo que estaba hecho, sino la gran misericordia de Dios, que siempre nos ayudaba, y la buena ventura de nuestro césar".

A Cortés no se le ocultaba su propio valer, pero repetimos: su corazón cristiano estaba lleno de fe.

Esta fe también resplandeció en sus relaciones para con los ministros de Dios. Recién fundada la Villa Rica de la Veracruz algunos descontentos partidarios de Velázquez, viendo los altos vuelos de Cortés, que les quería arrastrar a la conquista del Imperio Azteca, quisieron volverse a Cuba. Descubiertos fueron detenidos y castigados. Entre ellos se encontró un sacerdote, llamado Juan Díaz, que "si no fuera de misa también le castigaran". Nótese que el solo motivo que impulsó a Cortés para perdonar a Juan Díaz fue su carácter sacerdotal.

Acompañando a los conquistadores como Capellán vino un célebre padre, Fray Bartolomé de Olmedo, de quien Bernal apunta el siguiente elogio: "Fraile de la orden de Nuestra Señora de la Merced e que tenía mucha mano e esti-

mación en todo México, y lo merecía porque era muy buen fraile y religioso". Es de ver el sinnúmero de veces que Don Hernando dio oídos a las santas advertencias de este religioso. Nos contentaremos con citar un hecho entre tantos. Después de tomada México, Cortés permitió a sus soldados que se regocijaran por tan señalada victoria. La soldadesca no se conformó con celebrar un banquete sino que se entregó a grandes y escandalosos abusos. Al advertir tales excesos Fray Bartolomé se quejó amargamente a Sandoval: "e que bien dábamos gracias a Dios para que nos ayudase adelante". Cortés, avisado por Sandoval del sentir del P. Olmedo, le hizo llamar y le dijo: "Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados con lo que vuestra reverencia ha visto e yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra reverencia ordene una procesión, y que diga misa e nos predique, y diga a los soldados que hagan como católicos cristianos, para que Dios nos haga bien" (Bernal, Cap. CLVI). Y Fray Bartolomé quedó muy agradecido a Cortés, y la procesión se hizo, y la misa y el sermón se tuvieron, "e comulgaron muchos en la misa después de Cortés y Alvarado, e dimos gracias a Dios por la victoria".

Conviene, por último, recordar en este sitio lo que ampliamente dejamos consignado acerca del recibimiento de la primera docena de Franciscanos que el mismo Cortés mandó pedir a Carlos V para que misionaran en el Nuevo Mundo. Siempre que con ellos hablaba, el gran Conquistador se quitaba la gorra.

Un cristiano de cuño no puede dejar de ser piadoso en el neto sentido de la palabra; la piedad brota de la convicción íntima de que Dios es nuestro Padre, de que la Virgen San-

tísima es nuestra Madre y de que los Santos son nuestros hermanos. La piedad es, ante todo, el afecto filial hacia Dios. Acerca del "Marianismo" de Cortés hablaremos en el párrafo siguiente; nos concretamos ahora a subrayar lo que puede apellidarse de justicia la piedad del Conquistador. Conocida es su marcada devoción al Príncipe de los Apóstoles, bajo cuyo especial patrocinio colocó su armada al partir de Cuba. A San Pedro también invocaba en sus batallas. Mas la piedad de Cortés no se limitaba a exterioridades: descendía a lo íntimo de su conciencia y esto le movía a orar con fervor, a oír misa, a confesarse y comulgar con relativa frecuencia. Tal piedad la notaron sus soldados y de ella da buena fe y testimonio Bernal Díaz. En su primer viaje a España dice Bernal que Cortés "acompañado de Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia y otros caballeros, se fue a la Veracruz y como se hubo confesado y comulgado se embarcó". Y cuando después de un viaje feliz desembarcaron cerca de la villa de Palos, Cortés al frente de sus amigos "hinca las rodillas en el suelo y alza las manos al cielo dando muchas gracias a Dios por las mercedes que siempre le hacía".

Esto se llama piedad en lenguaje cristiano.

Pero digamos ya de la gran devoción que tuvo el Conquistador a Nuestra Señora.

Los católicos sabemos y creemos que una sólida devoción a la Madre de Dios es prenda de salvación. De aquí que un devoto de esta celestial Señora descubrirá en el marianismo de Cortés un algo que no es en manera ninguna fortuito, sino clave del éxito que logró en la Conquista.

La piedad de Cortés para con la Santísima Virgen fue notoria a todos los que le conocieron. Bernal Díaz da testimonio de ello por estas palabras: "era muy devoto de la Virgen". Y después, en el capítulo que trata del fallecimiento del Conquistador y en donde acumula los más preciosos pormenores sobre la persona de Cortés, nos ofrece el cronista dos interesantes datos. Cortés en su vestido "no se le daba nada de traer mucha seda e damascos, ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas de oro grandes, salvo una cadenita de oro de prima hechura en un joyal con la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santa María con su Hijo precioso en los brazos, e con un letrero en latín en lo que era de Nuestra Señora". Y un poco más abajo: "Rezaba por las mañanas en unas horas e oía misa con devoción. Tenía por su muy abogada a la Virgen Santísima... e también tenía a Señor San Pedro e Santiago e a Señor San Juan Bautista, y era limosnero" (Cap. CCIV).

Pero la ardiente devoción de Cortés a la Virgen no se quedaba tan sólo en el corazón. Siempre que podía la mostraba al exterior y podemos asegurar que si el culto público a Nuestra Señora se extendió desde los primeros días de la Conquista, esto se debe a Hernán Cortés. ¿No hacía levantar sobre los escombros de los ídolos derruidos un limpio altar y colocaba en él, junto con la Cruz, la imagen de Nuestra Señora? Cozumel, Tabasco, Veracruz, Cempoala, Tlaxcala, México, si fueron los primeros en gozar de la protección de la Inmaculada Virgen, se lo deben a Cortés.

Hay más todavía. Cortés se gloriaba de tener a la Virgen por Capitana en sus batallas. Un hermoso estandarte con la imagen de la Virgen Santísima le acompañó hasta la vic-

toria final. Acerca de este estandarte puede encontrarse una noticia completa en el apéndice primero del primer tomo de las *Disertaciones Históricas* de Don Lucas Alamán. Tuvo la dicha de encontrarlo Don Lorenzo Boturini, del cual son estas textuales palabras: "Así mismo pude conseguir el estandarte original de damasco colorado que el invicto Cortés dio al capitán general de los tlaxcaltecas en la segunda expedición que se hizo contra el emperador Moctezuma y demás reinos confederados. En la primera haz de dicho estandarte se ve pintada una hermosísima efigie de María Santísima coronada de oro y rodeada de doce estrellas también de oro, que tiene las manos juntas, como que ruega a su Hijo Santísimo proteja y esfuerce a los españoles a subyugar el imperio idolátrico a la fe católica; y no deja de asemejarse en algunas cosas a la que después se apareció de Guadadupe". Y Alamán añade que Boturini "regocijado con tan precioso hallazgo, decía que respetaba a esta sagrada imagen infinito, por ser presea de inestimable valor y que si no hubiera conseguido otra cosa en tantos años de su porfiado trabajo, esto sólo bastaría para consuelo de sus penosísimas tareas". Y más abajo: "No puede verse sin una viva conmoción de espíritu este estandarte que estuvo presente en tantos sucesos importantes y probablemente es el mismo que Bernal Díaz describe con el que dio Cortés gracias a Dios en Coyoacán por la toma de la Capital".

Con lo expresado hasta aquí sobre el cristianismo puro de Cortés no queremos convertir al Conquistador en santo, aunque no le haya faltado madera para llegar a serlo. Cortés, como dijimos en las primeras líneas de este estudio, fue un hombre de la época, y por encima de esto un soldado aven-

turero de grandes pasiones. Así, pues, para no dejar incompleta su figura descubramos las sombras de su alma.

"Todo es interesante en un hombre extraordinario, afirma Don Lucas Alamán al principiar su quinta disertación, sobre la Historia de la República Mexicana, dedicada toda ella a noticias particulares acerca de Cortés; todo es interesante: su figura, sus modales, su modo de vivir doméstico, todo excita igualmente la curiosidad, y después de haber observado con admiración al personaje figurando en la grande escena de los acontecimientos públicos que han transmitido su fama a la más remota posteridad, se desea ver al hombre en el interior de su familia, en su trato privado, y por decirlo así, hacer conocimiento personal con él". En el extraordinario Cortés son también interesantes las sombras de su alma. Cometió pecados manifiestos, tuvo hondas fragilidades de hombre. Pero tales fragilidades fueron reconocidas por el pecho cristiano del Conquistador, y como fragilidades y pecados y yerros suyos los lloró. Cuando ya es viejo, en el colmo de sus persecuciones no se desespera, abre los ojos a la fe y deja exhalar un gemido de conmovedora piedad: "Por todo doy gracias a Dios, dice, que quiere pagarse en esto de las muchas ofensas que yo le he hecho. El tenga por bien que sea así para la cuenta".

"Si Dios le perdonó, como esperamos, sugiere el Padre Cuevas, perdonémosle sus tropiezos en cambio del inmenso bien que ciertamente nos hizo y que todos los mexicanos debemos reconocer. Esto es lo noble" (*Hist. de la Iglesia en México,* t. I, p. 109).

Enumeremos sucintamente con Alamán las manchas principales de la vida privada de Don Hernando.

Ya desde los principios de su juventud Cortés tuvo que sufrir accidentes y contrariedades por su demasiada propensión hacia el bello sexo. En Cuba de nuevo se le puede ver en riñas por causa de amores, hasta que al fin se casa santamente con Doña Catalina Juárez. Muerta ésta en Coyoacán, de muerte natural, Cortés en su primer viaje a España toma segunda esposa en la dama Doña Juana de Zúñiga, hija del Conde Aguilar y sobrina del Duque de Béjar: de este segundo matrimonio dejó un hijo y tres hijas. Pero además otros cinco hijos reconocían a Hernán Cortés por padre y él a su vez en su mismo testamento afirmó tal paternidad bastarda. Estos hijos fueron: "Don Martín Cortés, caballero del hábito de Santiago, habido en la célebre Doña Marina; Doña Catalina Pizarro, hija de Doña Leonor de Pizarro; Don Luis, caballero también de Santiago, nacido de Doña Antonia Hermosilla; Doña Leonor y Doña María, habidas en indias nobles". Mas para descargo del Conquistador, no queremos callar un hecho profundamente significativo. Le dijo cierto día Moctezuma: "Mira, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mía muy hermosa para que os caséis con ella y que la tengáis por vuestra legítima mujer". Entonces Cortés se descubrió la cabeza y con amabilidad y agradecimientos dijo "que era gran merced lo que le hacía, mas que era casado y tenía mujer, e que entre nosotros no podemos tener más que una mujer". En esta ocasión desapareció el pecador y sólo se dejó ver el fiel seguidor del Evangelio. Con destreza declina el honor que no le consentía admitir su conciencia a la par que predica de paso, con la palabra y el ejemplo, la verdadera religión.

"Si la ambición pudiese curarse con desengaños, el que presenta Cortés en los últimos años de su vida bastaría para demostrar, que la felicidad no consiste en el brillo aparente de la gloria, ni en la realización de grandes empresas, y que aquellos que el vulgo tiene por más dichosos, suelen ser los que se encuentran más llenos de disgustos y sinsabores" (Alamán. *Disertaciones,* t. II, p. 41). El gran Conquistador que había adornado la corona de su Soberano con la más preciosa de sus joyas, se vio obligado a andar en sus postreros años "como un litigante vulgar, solicitando el despacho de sus negocios y defendiéndose del fiscal". Y suplicando al emperador que señalase al consejo un tiempo determinado para la conclusión de su asunto, agrega: "porque a dilatarse, dejarlo he perder, y volverme he a mi casa, porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme a aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar las descargas, y será mejor perder la hacienda que el ánima" (Cita en Alamán). No obstante sus peticiones, su asunto no tuvo buen cabo, y cansado de aguardar sin fruto en la corte se decidió volverse a México. Todavía un gran disgusto iba a precipitar su fin y llevarlo más rápidamente al sepulcro: el que se desconcertara el matrimonio de su hija Doña Marina con el hijo primogénito del Marqués de Astorga. Y el sol que había nacido en Medellín de Extremadura lanzó sus postreros rayos en Castilleja de la Cuesta.

Cortés dispuso en su testamento, cuyo original no ha mucho encontró y comentó el Padre Cuevas, S. J., que si muriese en España, dentro del término de diez años se trasladasen sus restos a la Nueva España. Semejante cláusula es comentada así por Alamán: "Generalmente en las demás na-

ciones que tienen establecimientos ultramarinos, los gobernadores y otros personajes que mueren en ellos disponen que sus cadáveres sean trasladados a su patria, y a ella destinan sus riquezas... Cortés murió en España, y por el amor que tenía al país que había conquistado y que consideraba como su patria, más que la que le vio nacer, quiso que sus huesos se trasladasen a México, fundando en esta ciudad establecimientos de beneficencia, cuya utilidad goza la población tres siglos después de su muerte". Cortés, el gran Cortés, deseó morir como mexicano. La gratitud exige que todos los mexicanos contemplemos en él al primer gran mexicano.

Para dar cabo y buen fin a nuestro trabajo despidámonos del héroe con una mirada última que abarque de conjunto toda su eximia personalidad.

Don Antonio de Solís cierra su obra, *La conquista de México,* con un grito entusiasta: "¡Admirable conquista! exclama, ¡y muchas veces ilustre capitán! de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia". Este grito ha sido y será confirmado por la posteridad.

Cortés es un enamorado pendenciero y un audaz temerario en sus aventuras de la mocedad. Un genio sin par cuando se trata de conquistar un imperio. Un jefe y un capitán que no envidia nada a los Alejandros y a los Césares. Un gobernante engendrador de una patria, cuyo mérito, sobre todo para con los mexicanos, nunca podrá apreciarse lo bastante. Un cristiano "de sincera piedad, hecho de la madera de los mártires, cuya convicción de que llevaba adelante una cruzada piadosa no le abandonó nunca"... En Cortés no pueden ponerse en duda ni la sinceridad de su convicción reli-

giosa, ni su valor marcial. Era ajeno a toda hipocresía, que es vicio de cobardes... "Si la influencia de su fe sobre su moral privada hubiese sido proporcionada a su fuerza, Cortés merecería la canonización" (McNutt, traductor inglés de las cartas de Cortés).

¡Cortés, hombre excelso, mereces no sólo un recuerdo perenne sino sobre todo un agradecimiento eterno! ¡En tu figura admiramos el hierro de tu carácter que para aquilatar el valor contra el enemigo no duda en quemar las naves. Admiramos tu táctica de capitán genial que se hace amar hasta el sacrificio y temer hasta el respeto humilde y reverente. Te bendecimos porque como gobernante quisiste ser padre de nuestra nacionalidad. Reverenciamos y amamos finalmente tu fe de cruzado de Cristo, que hizo posible la redención de millones de almas! ¡Creemos con Motolinía que eres hijo de salvación y que tendrás mejor corona que muchos que tratan de desprestigiarte!

¡Oh, sí, mereces no sólo un recuerdo perenne sino sobre todo un agradecimiento eterno!

INDICE

Acabóse de imprimir el día 6 de Agosto de 1990, Festividad de la Transfiguración del Señor, en los Talleres de la Editorial Tradición, S.A. Avenida Sur 22 No. 14 (entre Oriente 259 y Canal de San Juan), Col. Agrícola Oriental, México 9, D.F.
Tel. 558-22-49
El tiro fue de 2,000 ejemplares.